

*Reflexiones en torno al área comercial de Gades: Estudio numismático y económico **

F. CHAVES TRISTÁN-E. GARCÍA VARGAS
Universidad de Sevilla

En 1982 iniciaba uno de nosotros, en colaboración con la Pfra. M. C. Marín Ceballos, una serie dedicada al estudio de la iconografía que aparece en las amonedaciones de la Península Ibérica en la Antigüedad, prestando una especial atención a los elementos que pudieran tener un significado religioso¹. Con posterioridad al mismo, hemos realizado otros dos trabajos siguiendo la misma línea y revisando continuamente nuestras propuestas a la luz de las últimas investigaciones².

Es evidente que la religiosidad tiñe las apariencias de una gran parte de las manifestaciones culturales en el mundo antiguo, pero también lo es que en la moneda hay una función bien financiera, bien económica, y ésta se detecta en la mayoría de los casos a través del estudio de las cecas. El mismo aspecto tipológico-iconográfico refleja a menudo una ambivalencia económico-religiosa para la plasmación de la cual los antiguos habitantes de la Península Ibérica gozaron de una especial habilidad, como veremos más adelante, y, así, la selección de un tipo que cubriera las dos vertientes fue una constante para la que mostraron un fino instinto y un gran acierto.

* Agradecemos a los Profrs. G. Chic García, M. C. Marín Ceballos y F. Díaz del Olmo sus valiosas sugerencias.

¹ F. Chaves Tristán y M. C. Marín Ceballos, «Numismática y religión romana en Hispania», *Act. Sym. Religión romana en Hispania (CSIC, 1979)*, Madrid, 1980, pp. 171-174.

² *Ibid.*, «El elemento religioso en la amonedación hispánica antigua», *Act. IX CIN* (Berona, 1979), Luxemburgo, 1982, pp. 657-671; *ibid.*, «L'influence phénico-punique sur l'iconographie des frappes locales de la Peninsule Iberique», *Act. Coll. Num. et Hist. Econ. dans le Monde Phénico-Punique* (Louvain-la-Neuve, 1987), en prensa.

En este trabajo nos limitamos a hacer unas reflexiones —que podrán ser ampliadas en su momento— a partir de las cecas de la Ulterior en las que aparecen tipos intrínsecamente relacionados con la pesca y su posible vertiente económica.

La primera reflexión en torno a este tema parte de la tipología monetaria en sí. Es bien admitido que nada es superfluo en una moneda, aunque a veces se nos puedan hoy escapar las razones que movieron a la elección de un tipo determinado. Partiendo de este punto, cuando en 1982 hicimos una recopilación de los tipos alusivos al mar en la Península Ibérica³, encontramos una serie de ellos que parecían ser respuesta a un estímulo o causa común, pero con una cierta apariencia paradójica, cuyo significado concreto entonces se nos escapaba. Atunes y delfines se veían asociados con gran frecuencia a Herakles-Melkart y éste, a su vez, a una zona muy bien determinada que había que suponer enlazada de alguna forma con *Gades*. Apuntábamos entonces la posibilidad de que tales tipos aparecieron como símbolos revestidos de un carácter religioso asociado a la divinidad y pertenecientes a un contexto predominantemente fenopúnico. Sin embargo, ya hacíamos hincapié en el valor económico que representan estos signos y en la posible ambivalencia económica y religiosa que podían tener⁴.

Con posterioridad ha habido una tendencia a privar de toda connotación económica a estos tipos, ligándolos directamente con la divinidad a la que se piensan que en ocasiones sustituyen, y considerando que la aparición de elementos marinos en cecas de tierra adentro invalida su conexión con la economía derivada del mar⁵.

Por nuestra parte no negamos que delfines o atunes acompañan a ciertas divinidades, pero nos resistimos a admitir que puedan interpretarse plenamente como sustitutos de ellas y tampoco nos resulta convincente que, en

³ F. Chaves Tristán, «Tipología marina en la amonedación de la Hispania antigua», *Act. III C. Inst. Etudes des Cultures de la Méditerranée Occidentale* (Jerba, 1979), *The Mediterranean Man and Sea*, Túnez, 1985, pp. 135-151.

⁴ *Ibid.*, pp. 140, 145. La mayoría de los autores interpreta el atún como símbolo de la riqueza marina de la costa. Esto ha sido un lugar común en la bibliografía; aunque nunca se ha profundizado en ello. Sin embargo, se ha prestado poca atención en este sentido a la presencia de los temas marinos, atún y delfín en cecas del interior, todo lo más enumerándolas someramente. Sólo S. Ripoll alude en una nota a la posible relación, que supone familiar, entre *Asido* y *Gades*, apuntando la posibilidad de que en la primera existiesen secaderos de pescado: S. Ripoll, «El atún en las monedas antiguas del Estrecho y su simbolismo económico y religioso», *Act. Congr. Int. Ceuta*, v. I, Madrid, 1988, p. 485, n. 28. Por otra parte, la posibilidad de una relación comercial entre algunas de las cecas que aquí se tratan, concretamente las de leyendas «libio-fenicias», ha sido apuntada por R. Corzo, «Sobre la localización de algunas cecas de la Bética», *Numisma*, XXXII, 1982, pp. 71-81, y muy de pasada por nosotros en «L'influence...», *op. cit.*; n. 2. También, R. Puertas y P. Rodríguez Oliva han propugnado la explicación tipológica de las monedas de *Lacipo* por dependencia de un contexto económico y cultural de *Asido*: *Estudios sobre la ciudad romana de Lacipo (Casares, Málaga)*, *St. Archaeol.*, 1980.

⁵ M. P. García y Bellido, «Leyendas e imágenes púnicas en las monedas libio-fénicas», *Studia Paleohispanica, Veleia* 2-3, 1987, 507 ss.

cecas muy próximas, unas veces el mismo símbolo sustituya a un dios y otras a otro ⁶.

A nuestro entender, aparece muy clara la presencia determinante de *Gades* a través de Herakles-Melkart, patente en una abundante tipología monetaria a la que M. P. García y Bellido ha tenido el acierto de añadir el ara de las monedas de *Lascuta* ⁷. Es de resaltar cómo a pesar de que la iconografía del Herakles-Melkart gaditano ⁸ sea la más aceptada, no todos los casos «copian» este tipo, introduciendo algunas variantes ⁹. En realidad, el verdadero interés se halla, más que en reiterar una imagen idéntica, en la alusión a una misma divinidad. Huelga insistir en la bien reconocida protección del dios al establecimiento de las viejas colonias tirias y, en consecuencia, a las actividades marineras que fundamentan su nacimiento y apogeo ¹⁰.

El atún aparece representado fuera de la Península Ibérica sólo en cecas costeras de raíz fenopúnica: *Lixus* en el N. de Africa, *Solus* en Sicilia, *Lopalusa* —islita entre Sicilia y la costa africana— ¹¹, y en el mundo griego es bien conocida su presencia en *Cycico*. Más adelante, durante la dominación romana, aparece tardía y esporádicamente en Bizancio ¹². Todas ellas son ciudades en las que las pesquerías alcanzan un fuerte interés económico debido al camino seguido por los atunes en su «ruta» del océano Atlántico al Mar Negro ¹³.

En cuanto al delfín, su simbología ligada a la prosperidad que deriva del mar está fuera de duda ¹⁴ y aparece en numerosas cecas mediterráneas

⁶ *Ibid.*, 510 ss. Se propone, por ejemplo, asociar el delfín de *Salacia* a Melkart y el de *Asido* a Tanit, mientras que el atún de *Gades* se une a Melkart y el de *Bailo* a Tanit.

⁷ «Altars and oracles semites in occident: Melkart y Tanit», *RSF*, vol. XV, 2, 1987, pp. 135-145.

⁸ Sobre ello, F. Chaves Tristán y M. C. Marín Ceballos, «L'influence...», *op. cit.*, n. 2.

⁹ *Ibid.* Unas cecas lo utilizarán con leonté y sin maza; otras, con ella; alguna con clava, pero cabeza desnuda (*Sexi*), y aún lo hallamos con la piel y de frente (*Asido*).

¹⁰ D. van Berchem, «Sanctuaires d'Héraclé-Melkart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria*, 44, 1967, *passim*; S. Ribichini, «Temple et sacerdoce dans l'économie de Carthage», *Bull. Arch. CTHS* 19, 1983, fasc. B, *Afrique du Nord*, Paris, 1985, p. 30.

¹¹ *Lixus*: J. Mazard, *Corpus Nummorum Numidiae Mauritaniaeque*, Paris, 1955, p. 191, n.º 638; *Solus*: A. Mini, *Monete Antiche di bronzo della Sicilia Antica*, Palermo, 1979, p. 406, n.ºs 11-15, R. Calciatti, *Corpus nummorum Siculorum. La monetazione di bronzo I*, Roma, 1983, según este autor, antes de 350 a.C. aparece en esta ceca Herakles con la piel de león —p. 309, n.º 1—, y un atún o dos atunes desde 300-241 a.C., con diversa iconografía de Herakles —p. 311, n.º 10 ss—, y el delfín con reverso atún —p. 312, n.º 17-22—, que sería posterior a 241 a.C.; *Lopadusa*: *ibid* III, p. 369, n.ºs 1 ss., acuña con un atún y en anverso una cabeza masculina laureada y barbada. La leyenda va en griego y, aunque R. Calciatti la sitúa en «periodo romano», señala una influencia púnica en la colonia.

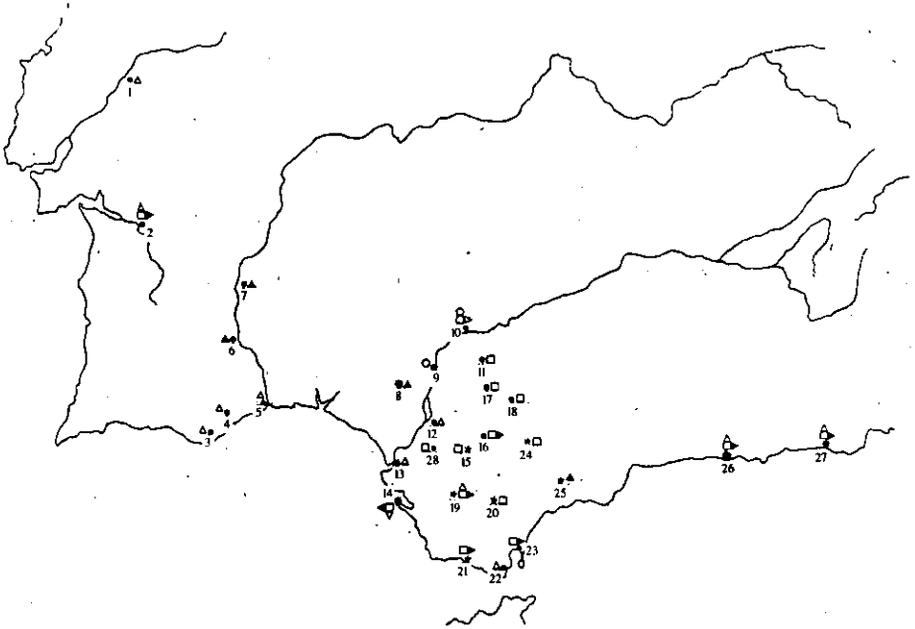
¹² Como recoge C. Alfaro, *Las monedas de Gadir-Gades*, Madrid, 1988, p. 41.

¹³ M. Ponsich, *Aceite de Oliva y salazones de pescado*, Madrid, 1988, pp. 40-41, con bibliografía sobre el tema.

¹⁴ M. H. Fantar, «La mer dans l'iconographie des phéniciens-puniques», *Africa* IV, 1971, 76 ss.; F. Chaves Tristán, *op. cit.*, n. 3, p. 138.

tanto de ambiente griego como púnico ¹⁵. Una especial significación debemos prestarle a que en época prealejandrina ya aparezca utilizado en Tiro ¹⁶, y es de resaltar asimismo la cita de Estrabón (IV, 1, 4) relativa a la existencia de un culto al delfín en *Massalia*, ciudad muy relacionada con las salazones y con la ruta de la sal, como puntualizaremos más adelante.

La reiteración de ciertos tipos como Melkart, atunes y delfines en las cecas que tratamos (fig. 1) nos resultaba significativa y pasó por ello a ser el segundo punto en torno al que polarizamos nuestras reflexiones. Más



Claves de la figura *.

Alfabeto: ● Latino. ★ Libio-fénice. * Feno-púnico.
Tipo: □ Hércules. Δ Atún. ▲ Delfín. ○ Sábalo.

Cecas: 1. Brutóbriga.—2. Salacia.—3. Osonuba.—4. Balsa.—5. Baesuri.—6. Mirtilis.—7. Sirpens.—8. Olont.—9. Caura.—10. Ilipense-Ilse.—11. Carmo.—12. Cumbaria.—13. Aibora.—14. Gades.—15. Iptuci.—16. Sisipo.—17. Searo.—18. Callet.—19. Asido.—20. Lascuta.—21. Bailo.—22. Iulia Traducta.—23. Carteia.—24. Carissa.—25. Lacipo.—26. Sexi.—27. Abdera.—28. Nabrisa.

* Para estas cecas véase A. Vives y Escudero, *La Moneda Hispánica*, Madrid, 1924.

¹⁵ C. Alfaro, *op. cit.*, n. 12, pp. 42-43.

¹⁶ J. Babelon, *Catalogue des monnaies grecques de la Bibliothèque Nationale. Les Perses Aquemenides*, Paris, 1893, p. 610, n.º 980.

sorprendente era aún el hecho de que el área de dispersión de las ciudades que los utilizan abarcara dentro de sí zonas diversas con posibilidades económicas en apariencia muy dispares. La oposición más llamativa parecía establecerse entre aquellas cecas situadas en la línea costera frente a las que lo hacían en el interior. A esta misma dicotomía se ha recurrido en alguna ocasión ¹⁷ para afirmar el carácter casi exclusivamente religioso de los tipos utilizados en dichas acuñaciones. Tal explicación no nos resultaba satisfactoria, aunque quizá parecería la más plausible si nos atuviésemos tan sólo a un análisis de la situación geográfica de las cecas en cuestión. Una reflexión atenta sobre el problema exige, sin embargo, tener en cuenta otras variables que, a nuestro entender, pueden ofrecer una visión más ajustada a la realidad que la mera ubicación espacial de estos puntos. Ello, por otra parte, no significa despreciar el valor condicionante del factor geográfico, que quedaría integrado como un elemento más, y no precisamente el de mayor importancia, a tomar en consideración.

En efecto, si apreciamos en su justa medida el carácter de la colonización oriental en el S. de la Península Ibérica, así como las implicaciones económicas de dicho proceso, obtendremos no sólo un precioso instrumento para efectuar el análisis de los vínculos económicos entre todas estas ciudades, sino también para matizar las áreas geográficas que subyacen a esta oposición costa/interior.

La lúcida interpretación que C. González Wagner ¹⁸ ofrece en sus trabajos sobre la evolución del mundo tartésico en relación con el impacto colonizador, bien puede servir de base al análisis que proponemos. En esta línea de investigación cabe distinguir al menos tres zonas geográficas diferentes, cuyo nexo de unión es la presencia en mayor o menor medida de un sustrato socioeconómico y cultural común ¹⁹ y en las que los factores divergentes quedan explicados por el carácter que en cada lugar reviste el impacto colonial. Estas tres áreas serían, *grosso modo*:

- A) Asentamientos coloniales costeros, donde el elemento predominante es el colonial (aculturación impuesta).
- B) Zona SW, polarizada en torno a Huelva y con derivaciones hacia Sierra Morena y Extremadura ²⁰ (aculturación espontánea).

¹⁷ Vide., n. 5.

¹⁸ Vide., en especial: *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en el análisis de los factores internos*, Madrid, 1983, *passim*; *ibid.*, «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *AEspA* 56, 1983, pp. 3-36; *ibid.*, «Notas en torno a la aculturación de Tartessos», *Gerión* 4, 1986, pp. 129-160, especialmente 150-153.

¹⁹ A pesar de que los asentamientos coloniales fenicios son fundaciones *ex novo*, la actividad económica que se desarrolla en ellos propicia la presencia de elementos autóctonos que podemos suponer llegan a estos lugares con su propio acervo cultural e ideológico, aunque son rápidamente aculturados, C. González Wagner, «Notas...», *op. cit.*, n. 18, p. 150.

²⁰ Para el período orientalizante en Extremadura y el carácter de la aculturación en la zona, vide. M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977; tampoco carecen de interés las opiniones de J. Maluquer de Motes acerca de

- C) Bajo Guadalquivir y serranías gaditanas, zona de colonización y fuerte impacto del mundo colonial (mestizaje) ²¹.

Si superponemos al mapa de estas tres áreas otro en que se recojan las ciudades que amonedan con los tipos que estudiamos, se aprecia una correspondencia casi simétrica tanto en el plano cuantitativo (áreas con presencia oriental), como en el cualitativo (carácter de esta presencia).

Podría objetarse que este esquema corresponde a una situación al menos cuatro siglos anterior a las primeras amonedaciones de *Gades*. Si ello es cierto, no lo es menos que el proceso de la colonización supone una serie de transformaciones socio-económicas y culturales importantes en las estructuras indígenas, transformaciones que marcarán la evolución de las culturas locales. Esta vendrá condicionada básicamente por el carácter que la colonización revistió en la zona, aunque matizada en mayor o menor medida por los desarrollos internos de cada comunidad y la intensidad de las relaciones con el exterior ²².

Bajo este prisma adquiere algún sentido todo este abigarrado conjunto de cecas, aparentemente inconexas entre sí, cuyos tipos no parecen ser más que la plasmación gráfica de una serie de relaciones económicas de raíz muy antigua y que corresponden también a un mundo ideológico y religioso común.

En lo que respecta a las cecas de la costa ²³ no parece problemático aceptar su pertenencia a un ambiente cultural común. En efecto, en buen número corresponden a viejas factorías tirias cuyos orígenes se ponen en relación con la llegada de elementos orientales a nuestro litoral ²⁴. El interés por los metales estaría en la base de este desarrollo, como se ha puesto

la presencia fenicia y focense en el área extremeña y su evolución a lo largo de los siglos, sobre la base de los datos arrojados por la excavación del Santuario de Cancho Roano: *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz), Campañas de 1978-1981*, Barcelona, 1981; *ibid.*, «En torno al comercio focense terrestre hacia Extremadura», *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*, Buenos Aires, 1983, pp. 29-36; *ibid.*, «La dualidad comercial fenicia y griega en occidente», *Los fenicios en la Península Ibérica*, II, Barcelona, 1986, pp. 209-210.

²¹ Al respecto de la presencia fenicia en las tierras del interior del Valle del Guadalquivir puede verse: F. Chaves Tristán y M. L. de la Bandera, «Aspectos sobre el urbanismo en Andalucía Occidental durante los ss. VII-VI a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *II C. St. Fen. Pun.*, Roma, 1987 (en prensa).

²² Relaciones que se establecen, sobre todo, con Cartago y Marsella, lo que no significa necesariamente dependencia política de ninguna de estas metrópolis, especialmente de Cartago: P. Barceló, *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden*, Bonn, 1988, *passim*.

²³ Estas son: *Gades*, *Sexi* y *Abdera*, entre las que acuñan en alfabeto fenio-púnico; *Iulia Traducta*, *Carteia*, *Salacia*, *Osonuba*, *Balsa* y *Baesuri*, lo hacen en alfabeto latino, mientras que el libio-fenicio es usado por *Bailo*.

²⁴ *Abdera* y *Sexi* remontan su fundación al s. VIII a.C., *Gades*, cualquiera que sea la fecha en que situemos su establecimiento, está ya funcionando en el s. VIII, *Carteia* es de momentos más recientes, pero es la heredera directa de El Cerro del Prado, yacimiento muy cercano de origen fenicio.

de manifiesto en repetidas ocasiones²⁵. Los colonizadores parecen dirigir en un primer momento su interés hacia la obtención en cantidad de plata, cobre y estaño, abundantes en la Península Ibérica. El patrón de asentamiento de las colonias fenicias de occidente²⁶ se ajusta en un primer momento a las necesidades de asegurarse el control de las rutas del metal desde puntos relativamente aislados del resto del territorio. En este sentido, la composición social de tales enclaves responde a un trasplante de población oriental que trae consigo una civilización propiamente urbana, en la que la división del trabajo hace posible una vida económica diversificada en cierto grado²⁷. Hay que suponer entonces que si bien el tráfico de los metales es, por así decirlo, la actividad dominante, al menos en los dos primeros siglos, esta misma especialización económica toca de cerca otros aspectos entre los que el «industrial» no debía de carecer de cierta importancia²⁸. Entre las actividades de este tipo, nos interesan especialmente las relacionadas con la pesca, pues, como veremos luego, tendrán un papel relevante en momentos más avanzados.

El origen de la industria de las salazones en el Mediterráneo occidental puede relacionarse con los inicios de la colonización en la zona²⁹, aunque su período floreciente en época prerromana se sitúe entre los ss. V-III a.C.³⁰. El τριπίχος gaditano era conocido y apreciado ya a mediados del s. V a.C.³¹ y competía en el mercado ático con los afamados productos del

²⁵ Vide. al respecto A. García y Bellido, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942, p. 75. En una última síntesis sobre la colonización fenicia se insiste de nuevo en este tema, bien conocido y aceptado por la mayoría de los autores: M. E. Aubet, *Tiro y las Colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, 1987, p. 228.

²⁶ M. E. Aubet, «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el s. VIII», *I Congr. Int. St. Fen. Pun.*, Roma, 1983, p. 815.

²⁷ Diversificación económica que contrasta con la orientación predominantemente agrícola-ganadera de las comunidades del Bronce Final, en las que las actividades minero-metalúrgica juegan aún un papel muy secundario, como corresponde al grado de desarrollo económico y social que presentan estos grupos, con una organización de base familiar: C. González Wagner, «Aproximación...», *op. cit.*, n. 18, pp. 9-11.

²⁸ A. García y Bellido, *op. cit.*, n. 25, p. 82.

²⁹ De esta opinión es M. Tarradell, para quien la coincidencia en la ubicación geográfica entre saladeros romanos y factorías fenicias aboga por tal origen: «Economía de la colonización fenicia», *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona 1968, p. 96.

³⁰ Las excavaciones de los últimos años han sacado a la luz en la ciudad de Cádiz y en el yacimiento de Las Redes (Puerto de Santa María, Cádiz), restos de factorías de salazón y hornos de ánforas a ellas asociados, con una cronología de conjunto que abarca los siglos V-III a.C.: G. Frutos, G. Chic y N. Berriatua, «Las ánforas de la factoría prerromana de Las Redes (Puerto de Santa María, Cádiz)», *I Congreso Peninsular Historia Antigua*, v. I, Santiago de Compostela, 1988, pp. 295-306; A. Muñoz, G. Frutos y N. Berriatua, «Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la bahía de Cádiz». *I Congr. Int. El Estrecho de Gibraltar*, Madrid, 1987, I, pp. 487-508.

³¹ Las primeras menciones de los productos gaditanos las proporcionan los comediantes áticos de los ss. V y IV a.C.: Eupolis (Edmonds, *The Fragments of Attic Comedy*, Leyden, 1957, fr. 186), Nicóstrato (Edmonds, fr. 4, 5), Antífanes (Edmonds, fr. 77), a lo que hay que

Mar Negro³². Se admite, por lo general, que la presencia de productos occidentales en el Egeo supone un periodo de al menos un siglo desde los inicios de la industria hasta el momento en que consolidan su posición en los difíciles mercados orientales³³. La evidencia arqueológica ha venido a constatar en parte lo que ya sabíamos por los textos, y ha puesto de relieve la importancia de estas actividades industriales en la vida económica de los establecimientos costeros de origen oriental³⁴.

La industria de los *salsamenta* estaría íntimamente ligada a la obtención de la sal, que parece precederle³⁵. El litoral atlántico y mediterráneo andaluz presenta unas condiciones inmejorables para el establecimiento de salinas³⁶. Estas serían ya explotadas por los primeros colonizadores. Los habitantes del interior, con una dieta de base cerealística, tendrían necesidad de sal, ya que es el complemento indispensable de una alimentación pobre en potasio como la que proporcionan los cereales³⁷. La sal se constituiría así en un producto de primer orden en las transacciones comerciales, y no sólo con el interior. Por Estrabón (III, 5; 11) sabemos que los fenicios de Cádiz conseguían estanco en las Casitérides a cambio de cerámica y sal. No es difícil, pues, pensar que este producto fuese una de las «monedas» de cambio con el mundo tartésico contra los minerales de Sierra Morena. Se trata de un esquema semejante al que propuso F. Benoit³⁸ para el caso de Marsella.

El colapso del comercio de los metales hispanos a mediados del s. VI a.C.³⁹ supondría la desaparición de algunos de los enclaves fenicios de la costa mediterránea⁴⁰. *Gadès* no sólo logró subsistir, sino que comienza ahora uno de sus periodos más florecientes, que ocupará los ss. V-III a.C.⁴¹. La razón de este despegue se ha relacionado con el control de la producción

añadir la evidencia arqueológica proporcionada por las ánforas gaditanas halladas en Corinto: C. G. Koehler, «Corinthian developments in the study of Trade in the fifth century», *Hesperia*, 50, 4, 1981, p. 450; C. H. K. Williams, «Corinth, 1978: Forum Southwest», *Hesperia*, 48, 2, pp. 117-118, lám. 46.

³² Lo cual, en opinión de R. Etienne, significa que «les produits hispaniques qui arrivent à Athènes ont une classe "internationale"»: «A propos du *Garum Sociorum*», *Latomus* XXIX, 1970, p. 298.

³³ M. Tarradell, *op. cit.*, n. 29, p. 96.

³⁴ *Ibid.*, n. 30; además, en los enclaves de origen fenicio de la costa malagueña hay indicios de una actividad semejante en fechas antiguas: O. Arteaga, «Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en occidente a la luz de las excavaciones arqueológica en el Cerro del Mar», *La baja época de la Cultura ibérica*, Madrid, 1979, n. 28.

³⁵ *Contra* M. Ponsich, *op. cit.*, n. 13, p. 52.

³⁶ *Ibid.*, p. 42.

³⁷ R. J. Forbes, «Studies on Ancient Technology», v. 5.

³⁸ F. Benoit, «L'économie du littoral de la Narbonnaise à l'époque antique. Le commerce du sel et les pêcheries», *RSIL* XXV, 1959, pp. 91-93.

³⁹ M. E. Aubet, *op. cit.*, n. 25, pp. 276-277; C. González Wagner, «Aproximación...», *op. cit.*, n. 18, pp. 29-31.

⁴⁰ Como Toscanos, Cerro del Prado o Morro de Mezquitilla.

pesquera y de las salinas del litoral, así como con la continuación del comercio del estaño atlántico ⁴². La ciudad fenicia de occidente controlaría ambos sectores en régimen de monopolio y hemos de suponer que estaba íntimamente relacionada con el resto de los enclaves costeros productores de sal y ταρίχος.

El conjunto de las cecas del litoral corresponde, pues, a un ámbito en el que la presencia de elementos de origen oriental, evolucionados a lo largo de los siglos, es la predominante, más si se considera que en la mayoría de los casos se trata de fundaciones *ex novo* sobre territorios deshabitados ⁴³. Parece, pues, evidente que tales variantes justifican la existencia de una *koiné* económica y cultural entre estos enclaves que procede de tiempos tan antiguos como los mismos inicios de la colonización. Ahora bien, esta aparente homogeneidad de comportamiento en el litoral, aglutinado en torno a los intereses de *Gades*, puede ser matizada: constatamos una neta distinción entre la zona al este de Cádiz y aquella situada al occidente de la ciudad. Para esta última área resulta menos ajustada la argumentación precedente. En efecto, no hay constancia de fundación colonial alguna más allá de la vertical *Gades-Lixus*, por lo que resulta más difícil sostener aquí un predominio del elemento oriental que permita sumar esta región al esquema que proponemos. A dicha incertidumbre creemos que escapa la ceca de *Salacia*, cuya relación con el ámbito gaditano parece fuera de duda, tanto por la casi identidad de los tipos monetales como por la abundancia de testimonios acerca de una activa presencia fenopúnica en la zona ⁴⁴, lo que, a nuestro entender, permite poner en relación este lugar con los intereses económicos de *Gades* en el Atlántico, tanto en función del estaño como de los recursos pesqueros y salinos del estuario del río Sado ⁴⁵. En cuanto a la costa del Algarve, el estado actual de la investigación arqueológica no permite una argumentación en este sentido, como en ningún otro.

Hemos preferido abordar en último lugar el comentario sobre una serie de cecas que, aún encontrándose hoy en el interior, pueden ser consideradas costeras por situarse en los bordes de las marismas del Guadalquivir, esteros navegables en la Antigüedad ⁴⁶. Ello se debe a que, por una parte,

⁴¹ J. L. Escacena, «Gadir». *Los fenicios en la Península Ibérica*, v. I, Barcelona, 1986, p. 51.

⁴² M. C. Marín Ceballos, «El Cádiz prerromano», *Congr. Hisp. Ital. Modelos de Intervención romana en la organización de la ciudad y su territorio*. Alicante, 1988 (en prensa); C. González Wagner, «Aproximación...», *op. cit.*, n. 18, p. 34.

⁴³ J. L. Escacena, *op. cit.*, n. 41, p. 49.

⁴⁴ Entre ellos, la abundancia de ánforas fenopúnicas en los niveles republicanos de la acrópolis de *Salacia*, así como una moneda ebusitana resellada: J. C. Edmonson, *Two Industries in Roman Lusitania: Mining and Garum Production*. BAR, Int. Ser. 362, 1987, p. 107.

⁴⁵ *Ibid.*, n. 44, pp. 113-115.

⁴⁶ *Vide*, Estrabon III, 1, 9, y III, 2, 5. Los trabajos de L. Menanteau han permitido fijar la línea costera de estos antiguos esteros, en cuyas márgenes y sobre promontorios algo elevados se localizan ciudades como *Nabrissa* o *Conobaria*: «Les anciens étiers du rive gau-

escapan del esquema general que hemos trazado para el litoral, y, por otra, porque deben verse más en relación con el interior que con la costa. Ello nos permite, de un lado, romper esa dicotomía tan artificial entre ambos dominios, y, de otro, afirmar la íntima ligazón económica y cultural que los mantiene unidos a lo largo de la Protohistoria. El conjunto de estas cecas se sitúa en las márgenes meridionales y orientales de las marismas, región privilegiada en lo que respecta a las posibilidades de comunicación con el traspais, hecho que justifica la ocupación humana de este territorio desde el Neolítico ⁴⁷. Sin duda; la presencia fenicia en esta zona debió ser intensa, aunque la misma densidad de poblamiento por parte del elemento local propiciaría unas formas de contacto muy diferentes a las que se constatan en el resto del litoral. El interés de los colonizadores en esta zona, que carece de recursos metalíferos ⁴⁸, habría que ponerlo en función de otros factores, entre los que aquellos de carácter logístico no carecerían de importancia ⁴⁹. El impacto cultural sobre estas comunidades tuvo como consecuencia una importante alteración no sólo de los modos de vida indígenas, sino también de la funcionalidad económica de la zona. El cambio en la orientación de la economía gaditana que se gesta a partir del s. V. a.C. y que hemos indicado más arriba tocaría de cerca a esta región, cuyos intereses se ligan a los de los fenicios orientales de un modo que aún resulta difícil de precisar, pero que quizá estuviera en relación con la riqueza agropecuaria de la zona y con la obtención de la sal en los esteros del Guadalquivir, en orden a satisfacer la demanda de los enclaves costeros. Ello se evidenciaría en la aparición de un referente tipológico e iconográfico común para las amonedaciones de estas ciudades, muy similar al gaditano.

Un funcionamiento semejante a éste puede observarse en aquellos enclaves situados en las serranías gaditanas, y más al Norte, en la Sierra Sur de Sevilla y los Alcores, en torno a Carmona. Se localizan aquí varias cecas que utilizan el alfabeto libio-fénice, así como algunas de las que lo hacen con el alfabeto latino ⁵⁰. El hecho de que se encuentren a bastante distancia de la costa en la mayoría de los casos parecía justificar de nuevo la ausencia de la auténtica intencionalidad económica por parte de estas ciudades a la hora de elegir sus tipos. Ello sería ignorar una vez más el mismo carácter general de la colonización y las implicaciones económicas que envuelven dicho proceso. En efecto, esta zona responde a un esquema muy similar al

che des Marismas du Guadalquivir», *MCV XIV*, 1978, pp. 37-72; A. Caro, «*Conobaria*, contribución al estudio en torno a su localización», *MCV XXI*, 1985.

⁴⁷ Como ocurre en el caso de Lebrija, A. Caro, P. Acosta y J. L. Escacena, «Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, vol. II, pp. 168-174.

⁴⁸ M. Pellicer, «Yacimientos orientalistas del Bajo Guadalquivir», *I Congr. Inter. St. Fen. Pun.*, I, Roma, 1983, p. 835.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ Las cecas de *Iptuci*, *Asido*, *Lascuta*, *Carissa* y *Lacipo* amonedan con alfabeto libio-fénice, y *Carmo*, *Searo*, *Callet* y *Sisipo* con alfabeto Latino.

esbozado para las cecas situadas en los bordes de las marismas del Guadalquivir, esquema que quizá pueda ser trazado aquí de un modo más preciso.

Las dificultades que el Guadalquivir ofrece a la navegación debido a la irregularidad de su cauce, sobre todo a partir del eje *Hispalis-Ilipa*⁵¹, habría traído como consecuencia la potenciación de una serie de rutas terrestres a través de las serranías subbéticas desde tiempos muy antiguos. Los trabajos de R. Corzo⁵² y P. Sillières⁵³ han contribuido a evidenciar la existencia de una vía de comunicación entre el litoral del Estrecho y la zona de Córdoba.

Las fuentes de época republicana, y en especial el *Bellum Hispaniense* (*Bell. Hisp.* 32), permiten concluir que las comunicaciones entre *Carteia* y *Corduba* eran fáciles y rápidas⁵⁴. Sin duda, esta vía, recorrida por las legiones romanas en el marco de las guerras civiles, remonta su existencia al menos a los inicios de la colonización. A partir de *Corduba* discurre por *Astigi*, *Urso* y *Acinipo*⁵⁵, y se interna en las serranías gaditanas a la altura del actual pueblo de Puerto Serrano, descendiendo en dirección a *Iptuci* y la llanura de Hortales⁵⁶. La existencia de tal vía que pone en comunicación los asentamientos fenicios del Estrecho con las zonas agrícolas y mineras del valle del Guadalquivir y Sierra Morena⁵⁷, y en cuyas inmediaciones se sitúa el grupo interior de las cecas que estamos considerando nos parece un buen argumento para postular una relación económica estrecha entre estas áreas. En un primer momento, serían los metales el interés fundamental de los colonos de la costa. Sin embargo, es ésta una zona de profunda aculturación que se manifiesta en la presencia de prácticas funerarias y elementos materiales de fuerte ascendente oriental⁵⁸, lo que ha dado pie a considerar la posible presencia de elementos no autóctonos en este ámbito a partir al menos del s. VII a.C., en relación con el interés de los colonizadores por

⁵¹ Dificultades que suponen la necesidad de acometer una serie de obras de acondicionamiento (diques, esclusas) con el objeto de fijar el cauce y cuya existencia, si bien se constata en época imperial romana, no está demostrada para momentos anteriores. L. Abad, *El Guadalquivir, vía fluvial romana*. Sevilla, 1975, pp. 70-75; G. Chic, «Consideraciones acerca de la navegabilidad del Guadalquivir en época romana», *Habis*, 18-19, 1988, pp.

⁵² R. Corzo, *op. cit.*, n. 4, pp. 71-81.

⁵³ P. Sillières, «Les sources littéraires et le réseau routier de l'Hispania meridionale à époque républicaine», J. Gonzalez (ed.); *Estudios sobre Urso*, Sevilla, 1989, pp. 363-364.

⁵⁴ Sexto Pompeyo alcanza Córdoba desde *Munda* en unas 5 horas, lo que permite pensar en una distancia de 80 Kms entre ambas poblaciones. Entre *Corduba* y *Carteia* hay 210 Kms = 170 millas, por lo que el tiempo invertido a galope entre estos dos puntos sería teóricamente de unas 15 horas, aunque las dificultades del paso de las sierras alargarían sin duda el viaje. P. Sillières, *op. cit.*, n. 53, n. 19.

⁵⁵ P. Sillières, *op. cit.*, n. 53, p. 364.

⁵⁶ R. Corzo, *El Bosque*, Cádiz, 1982, p. 26, donde existen salinas en la actualidad.

⁵⁷ M. Pellicer, *op. cit.*, n. 48, p. 835, considera que los minerales de Cástulo y la Sierra Morena sevillana y cordobesa llegarían a la costa a través del Guadalquivir. Las dificultades de navegación por el río (*vide* n. 51) nos parecen que tendrían como consecuencia la utilización de la ruta que proponemos para el mismo tráfico.

⁵⁸ C. González Wagner, «Notas en torno...», *op. cit.*, n. 18, pp. 150-153.

los recursos agrícolas del interior. Dicha presencia se hace patente en el repertorio cerámico y la tipología constructiva de yacimientos como Montemolín, en la rica vega del Corbones⁵⁹. Aunque en líneas generales sea aún difícil definir el carácter exacto de esta presencia oriental, parece que tuvo como resultado una transformación de las estructuras sociales y económicas de las comunidades autóctonas⁶⁰. De este modo, estas áreas quedarían ligadas estrechamente con el ambiente cultural fenicio y en directa vinculación económica con la periferia costera, como se desprende del desarrollo aquí de una serie de estructuras propias de la civilización urbana, con sus características manifestaciones en lo que a división social del trabajo se refiere⁶¹.

La crisis de los establecimientos fenicios peninsulares como consecuencia del agotamiento de la producción de metal quizá provocara en la zona una pérdida momentánea de los vínculos económicos con la costa. Es ahora cuando los focos pudieron aprovechar este vacío de la presencia semita en el sur de la Península Ibérica. Pero este fenómeno no debió sentirse aquí con la intensidad con que lo detectamos en otras regiones como la zona de Huelva. En efecto, la reorientación económica que experimenta Gades a partir del s. V a.C., lo que la convierte en el centro rector del círculo comercial del Estrecho⁶², favorecería a estas ciudades, sobre todo en lo referente a la producción y comercio de la sal, que, como hemos visto, parece convertirse ahora en uno de los vectores fundamentales en dicho proceso. Según Estrabón (III, 2, 6)⁶³, las corrientes de agua salada y las

⁵⁹ F. Chaves y M. L. de la Bandera, *op. cit.*, n. 21 (en prensa).

⁶⁰ El impacto cultural de este contacto se evidencia en la evolución del repertorio cerámico que entre los ss. VII-III a.C. obedece en su mayor parte a un desarrollo, tanto en las formas, como en las decoraciones, de los tipos de origen oriental cuya introducción dataría al menos del s. VII a.C. E. García, M. Mora y E. Ferrer, «Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas I. El yacimiento de Montemolín, Marchena (Sevilla)», *Habis*, 1989 (en prensa).

⁶¹ C. González Wagner, «Notas en torno...», *op. cit.*, n. 18, p. 158.

⁶² La preminencia comercial gaditana explicaría la preponderancia en las zonas del Estrecho de ánforas cuyos centros de producción se sitúan en la bahía de Cádiz, frente a aquellas procedentes de otros círculos comerciales del Mediterráneo: A. Muñoz, «Las ánforas prerromanas de Cádiz», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, Sevilla, 1987, pp. 471-478. *Vide* al respecto de la evolución de las ánforas de los circuitos comerciales mediterráneos, P. Bartoloni, *Le anfore fenicie e puniche di Sardegna. Studia Punica* 4 Roma, 1988, pp. 17-18.

⁶³ Recientemente se ha insistido en el carácter poco fiable de las informaciones estrabonianas sobre la Bética debido a su intención propagandista, interesada en atribuir la riqueza de Turdetania a los beneficios producidos en esta región por su inclusión desde antiguo en la órbita romana, exagerándose así la opulencia de la Bética frente a la menor riqueza de zonas como la Celtiberia, por entonces no del todo romanizada: J. Arce, «Estrabón sobre la Bética». J. González (ed.), *Estudios sobre Usso*, Sevilla, 1989, pp. 213-222. Sin negar este extremo, creemos que conviene matizarlo, ya que en la obra de Estrabón se aprecia una especie de compromiso entre la concepción geográfica romana, de carácter marcadamente político, y la helenística, de la que éste es heredero directo tanto por su formación intelectual, como por sus fuentes (Posidonios, Asclepiades de Mirleia, etc.), siendo más atenta esta última a la descripción realista como consecuencia de su interés «etnológico»: A. Giua, conferencia pronunciada en el Coloquio Internacional «Baetica Felix», Almería, Marzo de 1990: «Romanizzazione delle regioni iberiche e ideologia augustea nella geografia di Strabone».

minas de sal fósil del interior de Turdetania habrían propiciado la elaboración de alimentos salados, lo que parece demostrarse por la aparición en Cádiz de restos de cordero y salazón en el interior de una ánfora de tipología púnica (información debida a G. Chic y A. Muñoz). Para nosotros las corrientes de agua salada y las minas de sal gema de que habla Estrabón se sitúan precisamente en esta área, en torno sobre todo al triángulo *Iptuci-Asido-Carissa*, región aún hoy día productora de sal, que se dedica en su casi totalidad al salazón de pescado ⁶⁴. El recurso de la sal en estas campañas se obtiene a partir de la presencia de las facies evaporíticas del Keuper, como material de partida de las unidades geológicas del subbético andaluz.

Más al N., la evolución de las comunidades mencionadas debe ponerse también en relación con esta misma ligazón económica y cultural, centrada, sobre todo ahora, en el abastecimiento de productos alimenticios, en especial cereales.

Con todo lo dicho, podemos establecer una profunda relación económica entre estos enclaves y la zona costera, en especial *Gades*, que se remonta a los orígenes de la presencia colonial y se mantiene a lo largo de los ss. V-III a.C., relación que se evidencia en el uso de referentes iconográficos comunes de las amonedaciones, con especial predominio del tipo de Herakles. Fuerte nexo económico y profunda transformación social y cultural que, en última instancia, justificaría aquí la aparición de los primeros «estados turdetanos» en fecha más avanzada ⁶⁵, y para los que podemos entrever el proceso general, aun cuando los fenómenos particulares se nos escapan.

Podemos, por último, considerar una zona donde el vacío en lo referido a las amonedaciones que estamos analizando es evidente (fig. 1). Las causas deben buscarse en el carácter que la colonización revistió en este área. Se trata de aquellos lugares en los que el elemento oriental penetró de manera menos intensa, como consecuencia de la fuerza de las estructuras socio-económicas autóctonas. Estas, en contacto con el mundo fenicio, habrían experimentado una aculturación más superficial, cuyo resultado parece haber sido el de una evolución desde formas organizativas propias del Bronce Final a otras nuevas, en las que la aparición del caudillaje militar y el tránsito desde asentamientos abiertos a enclaves cerrados de tipo preurbano ⁶⁶ constituyen los hitos más relevantes.

⁶⁴ R. Corzo, *op. cit.*, n.56, pp. 10-14. Varias son las salinas que están hoy en funcionamiento en la zona, entre las que caben destacar las de Hortales, cerca de El Bosque, y las de Espera, situadas cerca de un yacimiento arqueológico de gran tamaño conocido como Esperilla, en cuya superficie hemos recogido abundantes fragmentos de cerámica turdetana a bandas, barniz rojo ibérico y un fragmento de pie correspondiente a un plato helenístico de barniz negro.

⁶⁵ Recuérdese al respecto el episodio de Culchas: Livio XXVIII, 13, 3.

⁶⁶ C. González Wagner, «Notas en torno», *op. cit.*, n. 18, pp. 137-138. Si bien los factores internos juegan un papel de primer orden en la evolución histórica de estas comunidades, resultan también importantes los influjos que puedan llegar del exterior. Consideramos, pues,

El colapso del tráfico de los metales daría al traste con este incipiente proceso, constatándose ahora en el SW un agotamiento económico patente en el marcado arcaísmo de las manifestaciones culturales y de las formas de organización social⁶⁷. Las transformaciones económicas del s. V a.C. parecen afectar en escasa medida a la zona, a diferencia de lo que ocurre en aquéllas situadas más al E., abiertas además a partir de este momento al comercio púnico y griego. El proceso, que tan sumariamente hemos descrito, nos parece que explica en buena medida la ausencia de acuñaciones del tipo que consideramos, y muestra la estrecha dependencia de los tipos en cuestión con el ambiente económico y social dominante en cada zona.

La tercera reflexión se produce al observar en el mapa (ver fig. 1) las cecas donde aparecen los tipos mencionados que pertenecen a varios de los grupos que habitualmente se suelen considerar a partir de los alfabetos utilizados⁶⁸. Se incluyen la mayoría de los talleres con alfabeto fenicio o feno-púnico, varios de los que vienen llamándose libio-fenicios y algunos que sólo han utilizado el latín.

Como señalamos *supra*, las feno-púnicas son ciudades con una raíz colonial antigua, costeras, salvo el caso de *Ituci*, y las latinas con estas tipologías están en zonas donde el ambiente cultural feno-púnico debió ser notable. Quedan las cecas libio-fenicias como un conjunto polémico sobre el que todavía no se ha establecido con nitidez ni su origen ni su función. Comenzando por la dificultad de interpretar el propio término⁶⁹, que, sin embargo, nos lleva a presuponer una íntima relación de este grupo con el mundo feno-púnico. Sin pretender entrar a fondo en este tema, que desbordaría los objetivos propuestos en el presente trabajo, interesa fijar otra serie de puntos acerca del estado de la cuestión, que sí lo afectan directamente.

El problema de los «libio-fenicios» tendría que resolverse encontrando la respuesta a tres interrogantes: en primer lugar, se plantea la posibilidad de contar con la presencia de unas gentes llegadas de fuera; en segundo

que a la hora de explicar la ausencia de acuñaciones del tipo que estudiamos en esta zona habría que tener en cuenta, además del propio desarrollo histórico de los grupos indígenas, la posible asiduidad de contactos con el mundo griego a partir del s. VI, como parecen poner de manifiesto los hallazgos de cerámicas griegas fechadas en el siglo V y procedentes de Huelva o Tejada: J. Fernández Jurado y P. Cabrera Bonet, «Comercio griego en Huelva a fines del siglo V a.C.», *Revue des Etudes Anciennes*, LXXXIX, 1987, 3-4, pp. 149-159.

⁶⁷ C. González Wagner, «Notas en torno...», *op. cit.*, n. 18, pp. 137-138.

⁶⁸ Una convención que se establece desde A. Vives: *La moneda hispánica*, Madrid, 1923, y en la obra reciente de L. Villaronga, *Numismática Antigua de Hispania*, Barcelona, 1979, 141 ss., se mantiene, aproximadamente, ya que se señalan lo que el autor llama «zonas de influencia»:

⁶⁹ Tras discutir los términos que aparecen en Ptolomeo, Apiano y Aviéno, L. García Moreno concluye que este último al referirse a los libio-fenicios pudo aludir a los «fenicios asentados en Libia» —como los griegos llamaron celtíberos a los celtas asentados en Iberia—, y por una falsa apreciación geográfica confundir con Lybia el Norte de Marruecos y el Sur de España. *Vide*: «Sobre el decreto de Paulo Emilio y La *Turris Lascutana*», *Epigrafía Hispánica de época Romano-republicana*, Zaragoza, 1986, p. 206.

término, y si la respuesta fuese afirmativa, habría que concretar quiénes son y de dónde proceden; y, por último, qué razones les movieron a ese desplazamiento.

Una opinión generalizada es suponer la existencia de una población nor-teafricana desplazada a la Península ⁷⁰, idea que no comparte R. Corzo ⁷¹, quien niega un valor étnico al término «libio-fenicio».

Es, sin embargo, indudable, y las fuentes recogen el hecho, que arriban a la Península gentes africanas durante el s. III y II a.C.; en general, con motivo de la II Guerra Púnica ⁷². Ciertamente debieron entrar en cantidad considerable como parte del ejército cartaginés, pero, tras los avatares de la contienda y la derrota púnica, no es de esperar que se quedasen asentados configurando un conjunto de ciudades propias ⁷³. En un interesante trabajo, L. García Moreno ⁷⁴ plantea la posibilidad de que en el SW de la Península, aún en época romana, existan fórmulas de relación entre comunidades que, siguiendo reglas similares a las empleadas por Cartago en el N. de Africa, estén ligadas de modo servil unas a otras. El problema estriba en fijar cuándo se lleva a cabo la imposición de este sistema. En principio cabrían tres posibilidades:

- Supongamos que fuese impuesto directamente por los cartagineses durante la II Guerra Púnica. El breve lapso que media entre el desembarco de Amílcar y los episodios de inicios del s. II que parecen reflejar la existencia de este sistema hacen difícil que se hubiese consolidado tal situación. Es, asimismo, escaso para que veamos formadas enseguida ciudades tan perfectamente organizadas como las «libio-fénices» hispanas, que son capaces hasta de emitir series monetales de cierta envergadura, mientras que otras cercanas y bien conocidas desde antiguo —*Asta Regia*, por ejemplo— ni lo harán ⁷⁵.
- Otra posibilidad sería la implantación de colonos por parte cartaginesa con anterioridad a la II Guerra Púnica. Sin entrar en el tema, señalaremos que la presencia e influencia de los cartagineses en los

⁷⁰ G. de Frutos, *Relaciones entre la Península Ibérica y el Norte de Africa del s. VI a.C. a época Bárquida*, Cádiz, 1987, p. 445 (tesis doctoral inédita).

⁷¹ *Op. cit.*, n. 4, pp. 78-79.

⁷² J. M. Blázquez, «Las relaciones entre España y el N. de Africa durante el gobierno Bárquida y la conquista romana, 217-19 a.C.», *Saitabi*, 11, 1961, pp. 21-43. En p. 30 se citan los contingentes militares.

⁷³ A las cifras que dan las fuentes habría que descontar las bajas producidas por los enfrentamientos y también el que muchos optaran por regresar a su tierra.

⁷⁴ *Op. cit.*, n. 69, 212 ss. Los puntos básicos para su razonamiento son: el bronce de *Lascuta*, donde sus habitantes son aparentemente siervos de *Asta*, y el establecimiento de la colonia de *Carteia* con libertinos, hijos de soldados romanos e indígenas de condición servil.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 211. Se extraña de este hecho y considera la posibilidad de una destrucción de *Asta* y quizá de un enfrentamiento con los cartagineses —p. 202— al que respondería el hallazgo de un glante de plomo con signos púnicos en estratos de fines del s. III. a.C. de la excavación. Sin mayores pruebas este argumento nos parece insuficiente.

ss. V; IV e inicios del s. III a.C. es un tema hoy muy debatido, inclinándose unos por una actividad determinante ⁷⁶, mientras que otros no ven que el dominio cartaginés se ejerza de una manera real sobre los pueblos peninsulares ⁷⁷. Por nuestra parte, creemos que es un camino interesante investigar acerca de unas relaciones económicas que debieron ser fuertes ⁷⁸, pero también oscilantes, según áreas y épocas, y dependiendo a su vez de circunstancias variables en los mercados mediterráneos.

— Por último queda la posibilidad de que el Sur de la Península, y no sólo la franja litoral, haya recibido la presencia de elementos orientales, en gran parte semitas ⁷⁹, que permaneciesen definitivamente aquí ⁸⁰, fenómeno que pudo tener paralelo en el N. de Africa ⁸¹.

A esta altura hay que volver los ojos hacia ese punto clave en el Oeste andaluz que es la ciudad de *Gades*. La presencia mayor o menor de Cartago en los siglos precedentes a las Guerras Púnicas puede cuestionarse en torno a los datos que la arqueología vaya deparando, pero no cabe duda que los llamados «fenicios de Occidente» desde la ciudad de *Gades* establecen una red de influencias de la que pensamos no es ajena, sino que está fuertemente relacionada, la presencia, aunque sea minoritaria, de los elementos descendientes de aquellos de origen oriental y semita afincados en el interior ⁸².

Con todo esto, estamos viendo que para explicar en el Sur de la Penín-

⁷⁶ G. de Frutos, *op. cit.*, n. 70, p. 445.

⁷⁷ P. Barceló, *op. cit.*, n. 22. En opinión de González Wagner, *Fenicios y Cartagineses...*, *op. cit.*, n. 18, antes de los Bárcidas, los cartagineses se limitaron a una actividad comercial centrada en especial en el SE y la Alta Andalucía, así como en Ibiza.

⁷⁸ M. C. Marín Ceballos, *op. cit.*, n. 42.

⁷⁹ C. González Wagner y J. Alvar no son partidarios de una colonización cartaginesa fuera de territorio africano, ni siquiera en el Mediterráneo central, antes del s. VI a.C.: «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *RSF*, XVII, 1, 1989, p. 86.

⁸⁰ C. González Wagner, «Aproximación...», *op. cit.*, n. 18. Hemos sostenido una presencia antigua en zonas interiores del mismo Valle del Guadalquivir ya en el s. VII a.C. basándonos en datos arqueológicos, en F. Chaves y M. L. de la Bandera, *op. cit.*, n. 21, idea que, con otros planteamientos, también desarrollan C. González Wagner y J. Alvar, *op. cit.*, n. 79, 92 ss., y que de alguna manera atisbó G. Bonsor, aplicándolo al contexto paleopúnico en su obra «Les colonies agricoles pre-romaines de la Vallée du Betis». *Rev. Arch.*, 35, 1899, y también M. Ponsich, *Implantation rurale antique sur le Bas Guadalquivir*, Paris, 1974.

⁸¹ Se ha supuesto que la fundación púnica de *Tingis* se hizo para canalizar los recursos agrícolas del interior: F. López Pardo, *Mauritania Tingitana. De mercado comercial púnico a provincia periférica romana*. Madrid, 1987, 47 ss.

⁸² Entre los últimos contamos con la excavación en una zona próxima a Jerez de una «villa», según su editora, del s. IV a.C., en la que parece documentarse una actividad comercial con el mundo púnico norteafricano que detecta a través de la presencia de cerámica de Kouass. Su función se propone relacionada con algún tipo de explotación agrícola. R. González Rodríguez, «Excavaciones de urgencia en el Cerro de la Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz)», *Anuario Arq. de Andalucía 1985*. Sevilla, 1987, III, p. 95. Por otra parte, el estudio de las cerámicas ya ibero-turdetas de un punto estratégico en el valle del Corbones como es Montemolín (Marchena); muestra una evolución a partir de formas fenicias antiguas sin

sula Ibérica fenómenos culturales fenopúnicos no hay necesariamente que recurrir al trasplante de unas poblaciones, sino, más bien, a entenderlos como expresiones de un desarrollo socio-económico gestado desde la Prehistoria, que presenta aspectos semejantes a los que podemos constatar para el N. de Africa. Ello justificaría la interrelación entre el N. de Africa y el S. de la Península Ibérica desde época muy antigua, ya claramente desde los inicios de la colonización, formando el llamado «Círculo del Estrecho»⁸³, que es así simplemente porque reciben estímulos comunes, sin olvidar la presencia y permanencia de un mayor o menor número de pobladores orientales, y tienen intereses similares. Cabe, sin duda, matizaciones puntuales, pero una continua efervescencia de contactos entre ambas orillas la hace participar de un ambiente cultural común.

En efecto, el interés de los comerciantes tirios por los territorios situados en el área del Estrecho se pone de manifiesto en la antigüedad, que las fuentes literarias atribuyen a las fundaciones coloniales en el extremo occidental del mundo entonces conocido, tales como *Gades*, *Lixus* o *Utica*⁸⁴.

Las razones que impulsan a los fenicios a frecuentar las costas atlánticas africanas serían en todo similares a las que los habían llevado al litoral sur de la Península Ibérica. Desde *Lixus* es posible alcanzar las fuentes del mineral de plata y oro que se localiza en la región del Atlas y en el Africa ecuatorial subsahariana, respectivamente. Hemos de suponer que, al igual que hemos señalado para el caso hispano, la potencialidad de recursos salinos del área ligitana permitió a los colonizadores disponer de un elemento inestimable de intercambios con los metales del interior⁸⁵, tal como ha sido constatado para el período medieval⁸⁶.

que se perciba contaminación formal respecto a la tipología coetánea y característica púnica. Vide: E. García, M. Mora y E. Ferrer, *op. cit.*, n. 60.

⁸³ Como ya vio M. Ponsich, «Perennité des relations dans le circuit des Détroit de Gibraltar», *Aufstieg und Niedergang de römischen Welt, II*, Berlin, 1975, pp. 661 ss. Las publicaciones referentes al tema son abundantes; últimamente se han reiterado en el *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta (*vide Actas*), Madrid, 1988, vol. I. Por recordar sólo alguna referente al campo de la numismática pueden verse: P. Rodríguez Oliva, «Noticias numismáticas de la Andalucía mediterránea», *Numisma*, 180-185, 1983, pp. 120-130; M. P. García y Bellido, *op. cit.*, n. 5, 499 ss.; B. Mora y M. Ojeda, «Un tipo monetar de *Acinipo* y su relación con la Numismática norteafricana», *Act. Congr. Int. Ceuta*, I, Madrid, 1988, pp. 593-600.

⁸⁴ Vide C. Annequin, «Héraclès en Occident, Mythe et Histoire», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 8, 1982, pp. 236-244.

⁸⁵ En las bocas canópicas del Nilo existe un santuario en medio de salinas, caso que se ha paralelizado con *Lixus*, cuyas salinas forjaron la prosperidad de la ciudad: vide C. Bonet, *Melkart. Cultes et Mythes d'Héraclès tyrieen en Méditerranée. St. Phoenicia VIII*, 1988, p. 161 y n. 94.

⁸⁶ Vide al respecto: P. Vilar, *Oro y moneda en la Historia (1450-1920)*, Barcelona, 1982, p. 69, donde constata la existencia de un «comercio mudo» (oro por sal) en el s. XV d.C., que recuerda las prácticas propuestas para la «precolonización» fenicia en Occidente; P. Bertaux, *Africa. Desde la Prehistoria a los Estados actuales. Historia Universal Siglo XXI*, Madrid, 1987, pp. 35-39; J. Heers, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, 1979, pp. 375-376.

Las fuentes más antiguas ponen el acento en el carácter de auténtico El Dorado de la *Lybia* occidental, del mismo modo que lo hacen para Tartesos⁸⁷. Esto contrasta con el silencio que observan al respecto los testimonios posteriores⁸⁸. Quizá debamos relacionar este hecho con el agotamiento de las minas hispanas y el colapso del poderío fenicio en el occidente mediterráneo. Como hemos apuntado más arriba, la reorientación económica que se experimenta en la zona, en torno ahora a los intereses de *Gades*, que parece romper en cierta medida sus vínculos comerciales con la metrópolis tiria, pudo ser de algún modo la responsable de ello. No sería difícil, pues, imaginar a partir de este momento una mayor dependencia de los establecimientos norteafricanos con respecto a aquella ciudad, en función de la producción del *ταρtyχος* que, como se ha propuesto para el período imperial romano, sería envasado y exportado bajo la etiqueta comercial gaditana⁸⁹. A esta conclusión permiten llegar una serie de datos que inciden en esta misma subordinación a los intereses de Cádiz. De entre ellos destacaríamos la relativa abundancia de numerario gaditano de la zona⁹⁰ y, sobre todo, la escasez de las importaciones cerámicas griegas que parece apuntar más a los comerciantes gadeiritas como responsables de este tráfico que a un contacto directo con las *poleis* griegas⁹¹. En última instancia, la tipología monetar de *Lixus* remite una vez más a su inclusión como un punto capital en el «área comercial del Estrecho», como consecuencia de su prolongada relación con los fenicios occidentales de *Gades*^{91a}.

Con todo lo dicho anteriormente es plausible reflexionar ahora sobre el planteamiento de una red de producción, comercialización y distribución de productos relacionados con las conservas en sal, que tendría unas importantes ramificaciones hacia el interior de la Península desde el SW. La pregunta obligada sería: ¿quién controla esa red? No es ni siquiera cuestionable que, si hay un punto clave en este complejo, reside en *Gades*. Consideramos, por tanto, una organización fuerte desde el punto de vista mercantil, en torno a la ciudad, que se erigiría como puerto comercializador y eje de exportación de los mercados del SW, pero que también extendería sus ramales al interior. Puntos de apoyo tierra adentro serían viejos núcleos de ascendencia mayoritariamente oriental, con tradición y relaciones ininterrumpidas, que actuarían como puntos de distribución hacia el Norte. Es posible que en el Este de Andalucía *Sexi* desarrollara en menor escala un

⁸⁷ C. Annequin, *op. cit.*, n. 84, p. 239.

⁸⁸ Como el periplo del Pseudo-Scilax o el de Himilcón.

⁸⁹ M. Ponsich, *Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région*, Tanger, 1970, p. 336.

⁹⁰ E. Gonzalbes Cravioto, «*Carteia* y la región de Ceuta. Contribución al estudio de las relaciones entre ambas orillas del Estrecho en la Antigüedad Clásica», *Act. Congr. Int. Ceuta*, v. I, Madrid, 1988, pp. 1.056-1.063.

⁹¹ F. Villard, «La céramique grécque au Maroc», *BAM*, 1960, p. 1-26.

^{91a} A. Rguez Ferrer, «El templo de Hércules-Melkart, un modelo de explotación económica y prestigio político». *Actas ICPHA*, Santiago, 1988, pp. 101 ss.

papel similar ⁹², pero al menos los gaditanos debieron recoger y centralizar los productos costeros del Sur de Portugal y Huelva, desde la zona de *Salacia*, donde también se atestiguan pesquerías. Desde la desembocadura del Guadiana a Huelva, este fenómeno debió ser tardío y sus poblaciones, sin un antiguo e íntimo vínculo con Cádiz ⁹³, se limitarían a canalizar hacia su bien organizado mercado los productos de sus pesquerías, que serían así distribuidos.

Otro problema es delimitar quién manejaba realmente dentro de la ciudad los hilos de la trama económica. Parece también probable que en los primeros momentos de la colonización fenicia ⁹⁴, e incluso de la griega ⁹⁵, los templos jugaran un papel fundamental, gozando de prerrogativas en relación con la economía y la administración, a partir de que, con su sacralidad, ejercían como garantes de cambios y transacciones y los hacían así posibles. El tema se complica cuando se trata de fijar los límites temporales de tales atribuciones y la intensidad de las mismas ⁹⁶.

La pregunta en nuestro caso concreto sería: ¿el santuario controla o simplemente protege con su sacralidad y prestigio? A nuestro entender, una red del tipo que proponemos es bastante compleja y se explica mejor a través de una compañía de fuertes y variados recursos que como un monopolio simple. Ya desde época arcaica (s. XI a.C.) vemos asociado en las empresas comerciales tirias tanto al palacio como a individuos privados en el seno de compañías mixtas (*h b r*), tal como se desprende de la interpretación que hace M. E. Aubet del relato de Unamón ⁹⁷. En época avanzada no hay que ir a buscar los capitales motores en Tiro, sino en la propia *Gades*, donde su larga trayectoria comercial había forjado una élite de gaditanos adinerados ⁹⁸. Por simple lógica, hay que reconocer que de sus fami-

⁹² Unas relaciones muy estrechas entre las colonias del SE de *Gades*, hasta el punto de suponerlas fundaciones de esta última, se han propuesto, primero por M. E. Aubet, *op. cit.*, n. 26, pp. 816-821, que cambia su opinión en *ibid.* Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas», *Aula Orientalis* 3, 1985, 11ss. Además, C. González Wagner, «*Gadir* y los más antiguos asentamientos fenicios al Este del Estrecho», *Act. Congr. Int. Ceuta*, Madrid, 1988, v. I, pp. 419-428.

⁹³ *Vide*, n. 66.

⁹⁴ *Vide*, S. Ribichini, *op. cit.*, n. 10, 30 ss., con bibliografía anterior. *Contra*, S. F. Bondi, «Qualche appunto sui temi della piú antica colonizzazione fenicia», *Egitto e Vic. Oriente* 4, 1981, pp. 346-347.

⁹⁵ *Vide*, A. J. Graham, «Colonial expansion of Greeks», *CAH* 2.^a ed., v. III, p. 3, 1982, pp. 144-145; W. Forrest, «Colonisation and the rise of Delphi», *Historia* 6, 1957, pp. 160-175.

⁹⁶ Se ha llegado incluso a plantear la posibilidad de que en algunos momentos los santuarios púnicos pudiesen haber realizado una función de banca. Así, S. Ribichini, *op. cit.*, n. 10, p. 3, basándose en las observaciones de G. Bodei Giglioni, «Pecunia fanatica. L'incidenza economica dei templi laziali», *Riv. St. It.*, 89, 1977, pp. 33-76.

⁹⁷ *Op. cit.*, n. 25, pp. 95-99.

⁹⁸ A la que en su momento pertenecerían los Balbo gaditanos que actúan junto a César y Augusto. En época más antigua sería como dice M. C. Marín Ceballos —*op. cit.*, n. 42—, «probablemente muy pronto se formaría una clase comercial enraizada en la propia ciudad gaditana a la que hay que imaginar dotada de una alta capacidad organizativa para obtener el máximo beneficio de las posibilidades económicas de la colonia y su entorno».

lias saldrían los altos dignatarios de la clase sacerdotal del santuario de Melkart ⁹⁹. Por otra parte, hay sobradas razones para pensar que el templo poseía cuantiosas riquezas ¹⁰⁰, producto de diezmos ¹⁰¹, donaciones, etc. ¹⁰², y, aún admitiendo en ellos una utilización con fines evergéticos, no puede descartarse un empleo parcial en inversiones productivas que garantizarían así su mantenimiento ¹⁰³.

Las oligarquías comerciales habrían podido de esta forma mantener la red de que hablamos, acogidas a su vez a la protección del templo ¹⁰⁴, quien quizá facilitase además resortes de una vieja infraestructura, debido a su función organizativa largo tiempo ejercida ¹⁰⁵. A su vez, el santuario habría gozado de unos beneficios netos en todas las operaciones ¹⁰⁶.

Si se observan los puntos en los que se han localizado cecas en el interior se advierte su ubicación comercialmente estratégica. Uniendo a ello el dato significativo de emitir moneda mientras que otras ciudades aparentemente más importantes no lo hacen, como veíamos más arriba, sería posible pensar en enclaves donde se estableciera una especie de delegación o punto de apoyo organizativo con administradores o simplemente encargados de que todo funcionase correctamente ¹⁰⁷. Estos centros se moverían a

⁹⁹ Al menos en Cartago, las inscripciones muestran que los cargos sacerdotales más elevados eran patrimonio de la élite aristocrática. *Ibid.*, p. 36. En el caso de Gades, vide M. C. Marín Ceballos, *op. cit.*, n. 42, quien considera que en la ciudad se sigue la tradición oriental, ocupando las clases más altas los principales cargos sacerdotales del templo.

¹⁰⁰ Riquezas que quizá ambicionaron algunos de sus vecinos, como podía interpretarse el texto del ataque de Theron que narra Macrobio (*Sat.* I, 20, 12), o el de Justino (*XLIV*, 5, 2-4).

¹⁰¹ Diezmo que muy pronto los mercaderes pagaron al Herakles «de los colonos»: *Diod. Sic.*, XX; 14, 1-2.

¹⁰² Herencias que concretamente puede recibir el santuario de Herakles gaditano: *Ulp. Frg.*, XXII, 6.

¹⁰³ Es evidente que esto no puede por ahora pasar del plano de la pura hipótesis, pero enlazaría en cierto modo con la proposición de unas propiedades de bienes raíces por parte de los santuarios (vide: S. Ribichini, *op. cit.*, n. 10, p. 34), ya que su mantenimiento es una forma de invertir y hacer producir las riquezas acumuladas.

¹⁰⁴ La asociación de comerciantes fenicios bajo la protección de un dios se atestigua en Delos por la epigrafía, como demuestra M. F. Baslez, «Le rôle et la place des phéniciens dans la vie économique des ports de l'Egée», *St. Phoenicia* V, 1987, pp. 278, 281, *ibid.*, *Recherches sur les conditions de penetration et de diffusion des religions orientales à Delos*, París, 1977. Cuando se realizan las antiguas fundaciones, hay en ellas un marcado carácter religioso en torno al templo o santuario, en el que la protección a los mercaderes es parte muy importante: C. Grotanelli, «Santuari e divinita delle colonie d'occidente», *La religione fenicia. Matrici orientali e sviluppi occidentali*, Roma, 1981, pp. 109-133.

¹⁰⁵ C. Grotanelli, *op. cit.*, n. 104, propone para los templos no sólo una función cultural, sino también administrativa y política.

¹⁰⁶ Es razonable suponer que al menos contaría, siguiendo la tradición mencionada, con el diezmo de las ganancias. La idea de que parte de los beneficios comerciales revierte en el templo es aceptada también por M. C. Marín Ceballos, *op. cit.*, n. 42.

¹⁰⁷ M. C. Marín Ceballos, *op. cit.*, n. 42, supone un complicado sistema comercial con centro en Cádiz, con una clase de comerciantes de nivel inferior, «muchos de ellos con vivienda más o menos fija en enclaves básicos para el comercio como la Torre de Doña Blanca».

su vez bajo la tutela del Melkart gaditano, que en repetidas ocasiones aparece como tema monetar ¹⁰⁸.

Recientemente se está trabajando sobre la posibilidad de que radicase en ciertos templos la puesta en marcha de emisiones monetales, que dependerían del santuario y no de la comunidad cívica, como L. Manfredi ha supuesto para *Kition* y Sicilia ¹⁰⁹ y López Pardo para *Lixus* ¹¹⁰. La idea es muy interesante para el esquema que proponemos, aunque pensamos que la casuística debe ser varia, según las zonas y la cronología de las emisiones.

En principio, para la Península nuestra impresión es que de tal forma pudieron iniciarse las primeras series de *Gades*, anepígrafas, donde la sola imagen del dios lo explicaba todo con su presencia. Ellas pudieron ser la colaboración financiera del santuario a la red comercial de la que formaba parte y a la que protegía.

Sin embargo, extender a toda la amonedación gaditana la dependencia del templo nos parece menos probable, especialmente en lo que se refiere al resto de las cecas, en algunas de las cuales aparecen ya claramente nombres de magistrados. La actuación de éstas sería autónoma y no mediatizada por *Gades* ¹¹¹, aunque las emisiones se harían cuando los intereses generales aconsejaran, por razones que no podemos ahora alcanzar, produciendo un mayor volumen de numerario o unas denominaciones más variadas.

La última reflexión en torno al tema propuesto nos lleva a un problema difícil de solucionar: la función para la cual se había puesto en marcha el numerario de estas cecas. Somos conscientes de que es arriesgado pronunciarse sin que se haya publicado un estudio a fondo de cada una de ellas, ya que sólo contamos con los de *Gades* y *Sexi* ¹¹², pero, a su vez, en nuestra propuesta de red comercial se contempla que fuese una actividad de larga duración, por lo cual las cronologías variables de las cecas no afectarían a su existencia.

En otro lugar, nos planteábamos la finalidad de las amonedaciones de las ciudades béticas, encontrando ciertos momentos en que se podía des-

¹⁰⁸ Vide, nota 104.

¹⁰⁹ Vide, respectivamente, «RVSMLQRT», RVSMLQRT: nota sulla numismatica punica di Sicilia», *RIN LXXXVII*, 1985, 4ss.; «Monete e valori ponderali fenici a Kition», *Riv. St. Orient.*, LXI, I-IV, 1988, p. 87.

¹¹⁰ *Op. cit.*, n. 81, pp. 314-316.

¹¹¹ Si se acepta la lectura en *Asido* de B¹L, es decir: «de los ciudadanos de», propuesta por M. P. García y Bellido, *op. cit.*, n. 5, 50 ss., se confirma esta autonomía ciudadana. *Gades* y su templo ejecutarían una labor organizativa y canalizadora —de la que, naturalmente, obtendrían un especial beneficio—, pero no un dominio efectivo sobre los demás puntos de la red.

¹¹² A la obra de A. M. de Guadan —*Las monedas de Gades*, Barcelona, 1963— sucede la de C. Alfaro —*op. cit.*, n. 12—. Acerca de *Sexi*, no se ha publicado una monografía completa, pero contamos con los estudios de C. Alfaro, «Las monedas de *Seks* del Museo Arqueológico Nacional», *Bol. MAN.*, I, 2, 1980. J. L. López Castro, *Las monedas púnicas y neopúnicas de la ceca de Sexi*, Granada, 1985 (Mem. de licenciatura inédita); *ibid.*, «El inicio de la acuñación de moneda en la ciudad de *Sexi*», *Act. Num.* 16, 1986, pp. 65-72.

prender de ellas una aplicación práctica, pero quedando abiertas una serie de interrogantes a las que por entonces no encontrábamos fácil explicación¹¹³. En el conjunto de ceclas que nos ocupa vemos ahora una funcionalidad concreta, enlazada con la red comercial propuesta que, a nuestro parecer, es parte clave de su razón de ser. Una organización de este tipo —y a las alturas en que nos estamos moviendo, cuando la moneda es ya bien conocida— se hace más elástica con la utilización de numerario, capaz de facilitar los pagos.¹¹⁴ Sabemos que, por ejemplo, los pescadores y manipuladores del atún y los *salsamenta* eran especialistas que, en su caso, recorrían las costas trabajando para quien mejor remunerase su labor. La pesca del atún en el Estrecho suponía la puesta en marcha de una auténtica «muchedumbre» de pescadores y obreros especializados que se desplazaban desde las costas africanas hasta las hispanas. En *Baelo* las estelas funerarias ofrecen un buen número de gentilicios africanos correspondientes, sin duda, a estas «cuadrillas volantes» de pescadores, que por su profesionalidad y experiencia en una labor tan difícil y peligrosa como la pesca del atún eran requeridos al mismo tiempo en varias almadrabas, por lo que hemos de suponer que sus salarios eran privilegiados¹¹⁵. También es conocido el fenómeno de la salida de población de la zona montañosa interior que colinda con la costa de Gibraltar hacia Cádiz, para intervenir en los trabajos relacionados con la pesca y elaboración del atún, hecho que se refleja en época posterior en el conocido refrán popular «ir por atún y a ver al Duque», aludiendo al monopolio que sobre ello tenía el Duque de Medina Sidonia, cuyas almadrabas ocupaban a millares de trabajadores eventuales. Recientemente, G. Chic¹¹⁶ ha apuntado el tema con respecto a la Antigüedad. Se plantea aquí el movimiento poblacional desplazado del interior a la costa cuando las tareas agrícolas están ya realizadas. En este sentido, el conocimiento de la tipología gaditana está garantizado en la zona.

Con todo lo dicho, es evidente que requerían nominales de valor no muy alto pero abundantes; y que por su tipología fuesen bien conocidos y acogidos fuera de la propia área.

Las excavaciones en la factoría de salazón de Las Redes ha dado, precisamente en un establecimiento de hábitat correspondiente a los trabajado-

¹¹³ F. Chaves Tristán, «Numismática Antigua de la Ulterior», IV. *CNN, Ponencias, Numisma*, n.º 162-164, 1980, pp. 99-122.

¹¹⁴ Es el fenómeno que ocurre en los ambientes mineros, donde el movimiento interno necesita una masa numerosa de circulante en el que juega un importante papel la moneda fiduciaria. En relación a este tema puede verse: M. P. García y Bellido, *Las monedas de Cástulo con escritura indígena*, Barcelona, 1982; *ibid.*, «Nuevos documentos sobre minería y agricultura romana en Hispania», *AEspA* 59, 1986, pp. 13-46; F. Chaves Tristán, «Hallazgo de monedas en Riotinto, Huelva», *Est. Hom. Prof. A. Beltrán*, Zaragoza, 1986, 870 ss., donde se encontrará bibliografía oportuna.

¹¹⁵ M. Ponsich, *Op. cit.*, n. 13, pp. 92-94.

¹¹⁶ G. Chic García, «Cádiz: Historia Antigua», en *Provincia de Cádiz*, ed. Gever, Cádiz 1984, pp. 93-94.

res, las monedas de las series más antiguas gaditanas, que han servido a C. Alfaro para atribuir una cronología alta a los bronce anepígrafos de la ceca ¹¹⁷. Al estudiar la circulación de las monedas de *Gades* se observa que alcanza puntos muy alejados de Cádiz y la zona norteafricana donde se constatan industrias afines ¹¹⁸.

Una tipología basada en Melkart con atunes ¹¹⁹ se detecta en otros puntos fuera de la Península, que están a su vez aunando los mismos factores que *Gades*: establecimiento de origen fenicio, centro de Melkart como protector de las actividades de la ciudad, relación con la industria pesquera y de salazones, ya que están en la «ruta» que siguen los atunes del Atlántico al Mar Negro. Estas ciudades son: *Lixus*, en el N. de Africa; *Solus* en Sicilia y la pequeña isla de *Lopadusa*, frente a las costas de Cartago ¹²⁰.

En nuestra opinión, el inicio de la moneda en bronce gaditana debiera buscarse en este ambiente industrial ¹²¹. Son especies en bronce y pequeñas, con lo que no pueden estar programadas para el comercio internacional, ni mucho menos para desempeñar una función financiera —frecuente, por otra parte, en el inicio de otras amonedaciones—, como elementos de pago y sostenimiento de un ejército o mercenarios, que carece de sentido en este momento y lugar. El patrón metroológico que se elige es el de ocho-nueve gramos, del que se acuñan mitades ¹²². Este patrón se encontrará más adelante en otras cecas hispanas y será, según L. Villaronga ¹²³, introducido por los púnicos en la Península a través de sus amonedaciones hispano-cartaginesas en bronce. Pero habría que considerar al respecto algunos puntos interesantes:

- Si las series anepígrafas gaditanas son de inicios del s. III a.C., es decir, muy anteriores a la presencia bárcida, debemos compararlas con la metrología que siguen las cartaginesas coetáneas. J. Alexan-

¹¹⁷ *Op. cit.*, n. 12, p. 94.

¹¹⁸ *Ibid.*, 118 ss.

¹¹⁹ Sobre este tema puede verse un interesante artículo de L. I. Manfredi, «Melkart e il Tonno», *St. Egitt. e Ant. Clas.*, I, 1987, pp. 67-82, donde se propone concretamente para *Gades Sexi* y también para *Solus* y *Tingi*: «il carattere di una zecca cittadina portatrice ancora delle valenze religiose, economiche e sociali che bene si addicono alle funzioni e all'organizzazione che i templi di Melqart sembrano aver svolto nella prima espansione fenicia nel Mediterraneo. Sotto la protezione di Melqart... si poneva l'attività economica della comunità sorta intorno al tempio».

¹²⁰ *Vide*, notas 11 y 12.

¹²¹ La opinión más común es que los bronce pequeños surgen para cubrir necesidades diarias de intercambio: F. Beltrán, «Sobre la función de la moneda ibérica e hispano-romana», *Est. Hom. Prof. A. Beltrán*, Zaragoza, 1986, p. 892, con respecto a *Sexi*, *vide*, J. L. López Castro, «El inicio...», *op. cit.*, n. 112, p. 71.

¹²² *Op. cit.*, n. 12, 76 ss.

¹²³ «Las primeras emisiones de moneda de bronce en Hispania», *Papers in Iberian Archaeology* I, *BAR Int. Ser.*, 193, I, p. 205; *ibid.* Las monedas hispano-cartaginesas, Barcelona, 1973, 103 ss.

dropoulos ¹²⁴ ha constatado en todo caso una similitud de módulo, pero no de pesos, ya que «le poids moyen de l'espèce supérieure a Carthago est supérieur à celui de l'espèce supposée correspondante à Gades».

Por su parte, C. Alfaro ha observado ¹²⁵ que «el peso medio de las emisiones cartaginesas de Sicilia de finales del siglo IV e inicio del III a.C. es de 4,56 y 4,76 g., y para Cerdeña entre el 300 y el 264 a.C. es de 4,66 y 4,95 g.». Resultan algo superiores a los de Gades, que en sus dos primeras series alcanzan una media de 4,30 g., teniendo en cuenta los varios grupos ¹²⁶.

- El origen del patrón ocho-nueve gramos no está definitivamente resuelto. Sin embargo, suele aceptarse la propuesta de L. Villarronga ¹²⁷, quien supone que se inspira en un patrón utilizado en el Sur de Italia y Sicilia hasta la II Guerra Púnica ¹²⁸. Ello implica algo muy importante para nosotros, y es que el patrón utilizado en Gades tiene una validez que afecta a un amplio abanico mediterráneo y no exclusivamente púnico, lo que probablemente se ajuste a la propia voluntad de los gaditanos ¹²⁹.

¹²⁴ «L'influence de Carthage sur les monnayages phénico-puniques d'Espagne», *MCV* XXIII, 1987, p. 17.

¹²⁵ *Op. cit.*, n. 12, p. 77. Resalta la autora que no se ha publicado ningún estudio metodológico sobre esas series, y sus apreciaciones se han realizado sobre algunas monografías como la de E. Acquaro, *Le monete puniche del Museo Nazionale di Cagliari*, Roma, 1974.

¹²⁶ Para evitar distorsión se han excluido dos grupos en los que sólo se cuenta con 2 y 3 monedas pesadas. El cálculo se ha hecho con los datos de C. Alfaro, *op. cit.*, n. 12, cuadros de las pp. 77 y 78.

¹²⁷ *Vide*, nota 123.

¹²⁸ Por su parte, J. Alexandropoulos —*op. cit.*, n. 124, pp. 21-22— se extraña de que tanto Gades como Ebusus sólo acuñen divisores de la unidad y, pensando que los cartagineses amonedan piezas de 8-9 gr, y que ellos tienden a emitir en la Península especies superiores a las indígenas, aún respetando los patrones locales, supone que los Bárcidas se han limitado a doblar la unidad indígena, que sería de 4-5 gr. Esta unidad para bronce la explica —de una manera, a nuestro parecer, poco convincente— como copiada del patrón «hispanico» utilizado en la plata. Prescinde de plantear relación bronce/plata, que debía existir sin duda, a lo que debemos añadir la particularidad que hacia el 1.º tercio del s. III a.C., momento álgido del inicio del problema, Gades acuña bronce, pero no plata, y, a la inversa, *Emporion* emite plata, siguiendo el «patrón hispano», pero no bronce.

¹²⁹ Las líneas cerradas de los mercados del Mediterráneo en esta época probablemente no lo sean tanto. Gades y su Hinterland parece que no se condicionan en exclusiva a los intereses de Cartago —véase *infra*—, y mercancías que no tienen obligatoriamente que entrar a través del comercio cartaginés se van encontrando cada vez más.

De la bibliografía publicada puede verse, por ejemplo, respecto a la presencia de cerámicas griegas en la Torre de Doña Blanca, D. Ruiz Mata, «El castillo de Doña Blanca, yacimiento clave de la Protohistoria peninsular», *Rev. Arqueología*, n.º 85, 1988, pp. 45-46, y con relación a la zona de Huelva, aunque considerando la posibilidad de que Gades actuase como distribuidor de la cerámica griega en el Sudoeste: J. Fernández Jurado y P. Cabrera, *op. cit.*, n. 66, pp. 149-156. También R. Olmos, «Los recientes hallazgos griegos de Málaga en el enmarque del sur peninsular», *AEspA* 61, 1988, pp. 223-225.

- Resulta muy interesante la apreciación de J. Alexandropoulos¹³⁰ acerca de la puesta en circulación por las mismas fechas aproximadamente de bronce en Cartago, *Gades* y *Ebusus*, aunque pensamos que sería muy conveniente sopesar este argumento teniendo en cuenta el resto de las amonedaciones coetáneas en bronce del Mediterráneo occidental.

Son significativos los primeros tipos de anverso elegidos por *Gades*, el Melkart con una iconografía puramente greco-helenística, con *leonté* pero sin clava, tal cual había aparecido en el mundo griego y también en la plata cartaginesa de Sicilia¹³¹. La clava se ha interpretado como añadido en series posteriores por «contaminación» de las monedas hispano-cartaginesas¹³².

Son significativos los primeros tipos de anverso elegidos por *Gades*, el Melkart con una iconografía puramente greco-helenístico, con *leonté* pero sin clava, tal cual había aparecido en el mundo griego y también en la plata cartaginesa de Sicilia¹³¹. La clava se ha interpretado como añadido en series posteriores por «contaminación» de las monedas hispano-cartaginesas¹³².

Es interesante también la acuñación inicial de la plata gaditana. Se comienzan sus series argéneas —serie IA de C. Alfaro¹³³— con una emisión en la que se sigue un patrón similar al utilizado en *Emporion* y que viene conociéndose con el nombre de «hispánico»¹³⁴. La tipología se matiza con la inclusión de la clava y la leyenda alusiva al étnico de *Gades*¹³⁵, aspecto que la diferencia de las anteriores de bronce. La opinión más común sobre su cronología es situarla en los años posteriores al desembarco de Amílcar¹³⁶, aunque no hay pruebas definitivas para ello. Su hallazgo en contextos de la II Guerra Púnica representa sólo un argumento de tipo *ante quem*¹³⁷, pero no hay nada indicativo del inicio real de la serie, ya que esta

¹³⁰ *Op. cit.*, n. 124, p. 16.

¹³¹ «L'influence...», *op. cit.*, n. 2.

¹³² A. M. de Guadán, *op. cit.*, n. 112, 21 ss.

¹³³ *Op. cit.*, n. 12, p. 74.

¹³⁴ J. C. Richard, L. Villaronga, «Recherches sur les étalons monétaires en Espagne et en Gaule du Sud antérieurement à Auguste», *MCV IX*, 1973, p. 103.

¹³⁵ En el estudio de C. Alfaro —*op. cit.*, n. 12, p. 53— se sigue manteniendo la lectura de F. Pérez Bayer —*Del alfabeto y lengua de los fenicios y sus colonias*, Madrid, 1772—, traduciendo como «acuñación de *Gades*».

¹³⁶ *Ibid.*, p. 126.

¹³⁷ Recordemos que en estos contextos aparecen algunas piezas en circulación, pero con cronologías ciertamente anteriores, incluso en el caso de la propia *Gades* se hallan piezas anepígrafas que ya veíamos acuñadas a principios del siglo. Por ejemplo, en el lugar que nosotros hemos supuesto campamento cartaginés de Montemolín —*vide*: F. Chaves Tristán, «Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la II Guerra Púnica en el Sur de la Península Ibérica», *Latomus*, 1990-3, pp 613-622 (Bruselas, Bélgica) (en prensa)— han aparecido monedas de la primera serie en bronce, como recoge C. Alfaro, *op. cit.*, n. 12, pp. 92 y 119.

metrología viene usándose en *Emporion* desde el primer tercio del siglo ¹³⁸. Se ha insinuado que las piezas argéneas gaditanas se inician como aportación de la ciudad a los gastos de la II Guerra Púnica, colaborando de esta forma con los cartagineses ¹³⁹. Parece, sin embargo, poco lógico que si Cartago utiliza hacia el 237 a.C., dentro de la Península, el patrón del *shekel* de 7,20 g. ¹⁴⁰, unas emisiones que teóricamente pretenden en paralelo subvenir los gastos de mantenimiento de su ejército, se inicien con un patrón diferente, a pesar de que, según J. Alexandropoulos, pueda forzarse su convertibilidad, siendo una unidad gaditana dos tercios de la hispano-cartaginesa ¹⁴¹. Aún si admitimos este último supuesto habría que reconocer por parte de *Gades* la facultad para elegir un sistema monetario adecuado a sus propios intereses, entre los que Cartago es uno más, pero no el único, lo que descarta a nuestro entender que la razón de ser de esta primera serie argénea estribe en pagar gastos del ejército cartaginés.

Con todo ello, nos parece coherente pensar en una independencia comercial de los gaditanos, quienes probablemente antes del 237 a.C. y por propia iniciativa, deciden incrementar sus amonedaciones, introduciendo en ellas la plata. Se continúa la tipología del bronce, ya bien arraigada, introduciendo, como hemos dicho más arriba, dos elementos diferenciadores, uno simplemente iconográfico, la clava ¹⁴², y algo muy importante, el

¹³⁸ Siempre que aceptemos la cronología alta propuesta por A. M. de Guadan, *Las monedas de plata de Emporion y Rhode I y II, Anales y Bol. de los Museos de Arte de Barcelona*, XII y XIII. Barcelona, 1968 y 1970, que L. Villaronga —*op. cit.*, n. 18, p. 99— acepta. *Contra*, P. Marchetti, *Histoire économique et monétaire de la deuxième guerre punique*, Bruselas, 1978, 382 ss., quien lleva la plata emporitana al 216-215 a.C., cronología muy baja que no admite la mayor parte de los investigadores.

¹³⁹ L. Villaronga, «Economía monetaria de la Península Ibérica durante la II Guerra Púnica y primeros levantamientos de los iberos», *Aula Orientalis* 4, 1986, p. 162.

¹⁴⁰ *Las monedas hispano-cartaginesas, op. cit.*, n. 123. 98 ss.

¹⁴¹ *Op. cit.*, n. 124, 11 ss. La explicación del patrón hispánico es realmente ingeniosa: se crea una moneda especial con peso 4,70, que resulta la mitad de la dracma focense masaliota y dos tercios del *Shekel* de 7,20 gr. Lo que no puede probarse fácilmente es la existencia de ese patrón hispano-cartaginés de 7,20 como aceptado en toda la Península desde inicios del s. III a.C., puesto que su plasmación física sólo la encontramos a partir de las acuñaciones en plata hispano-cartaginesas de hacia 237 a.C.

¹⁴² Motivo que se ha dicho —*vide*, n. 132— tomado por influencia de la moneda hispano-cartaginesa, ya que la cartaginesa exterior no la lleva. Sin embargo, no aparece nunca el Melkart imberbe con leonté o clava; ésta la portan sólo efigies con cabeza laureada (Clase III de L. Villaronga). Herakles con maza apareció excepcionalmente en alguna amonedación del Sur de Italia —*Venusia* (Apulia) muestra a Herakles con Leonté y maza al hombro, pero es el torso completo, bronce de 268-220 a.C., *vide*, M. Laffaille, *Choix de monnaies grecques en bronze*, Ginebra, 1982, p. 14, n.º 5—, así como las monedas de una fundación cartaginesa de Sicilia, *Thermai*, donde Hércules lleva leonté y maza detrás: R. Calciatti, *op. cit.*, n. 11, pp. 117-118, n.º 4 ss. La cronología que se le asigna es posterior a 252 a.C., según el autor; bajo dominio romano, pero no hay datos precisos para pensar si es o no coetánea con la plata gaditana. Otras ciudades sicilianas como *Heracleia*, *Solus*, *Kephaloidion* o la amonedación de los mamertinos, utilizan el tipo de Hércules con leonté, pero sin clava (*ibid.*, pp. 245, 309,

nombre de la ciudad. Este resultaría ahora de interés primordial, ya que el nuevo metal cubriría unas relaciones a más alto nivel fuera de la zona para la que es conveniente que el numerario esté autentificado y perfectamente identificado ¹⁴³. Se escogió para ello el llamado patrón «hispano», que nos hace pensar por una parte en una independencia real —lo que no invalida una serie de relaciones— de la economía gaditana respecto a la cartaginesa ¹⁴⁴, y, por otra, en unos sólidos contactos con el ambiente económico de las colonias griegas catalanas.

Estos contactos comerciales se remontan a los primeros tiempos de la colonización griega en occidente, tanto en relación con *Emporion*, como con su metrópolis Marsella. Es un hecho conocido que los colonos foceos establecidos en las bocas del Ródano controlaban por su misma ubicación, las rutas alternativas del estado nordatlántico a través de la densa red fluvial y terrestre gala y de sus establecimientos en la costa catalana ¹⁴⁵. El interés por los metales de la Península Ibérica los llevaría sin duda a intentar una penetración en los mercados meridionales, frecuentados por los tirios, tal vez en relación con momentos de debilidad de la presencia fenicia oriental en la zona, o incluso en connivencia con estos ¹⁴⁶. A estas tentativas corresponderían los contactos de los foceos con Argantonio, referidas por Herodoto ¹⁴⁷. A la inversa, se constata la presencia fenicia en la costa meridional gala en momentos anteriores y posteriores a la fundación de Marsella, a través de las ánforas vinarias asociadas en los estratos más antiguos a material de origen etrusco ¹⁴⁸. Para Benoit ¹⁴⁹, el objeto de este tráfico a lo largo de la costa levantina hispana es la sal, abundante en la región de Marsella

371, 98). Pero puede también considerarse el tipo como una creación gaditana que los cartagineses hallaron ya configurada.

¹⁴³ En relación con las leyendas en la moneda griega, se ha propuesto que el ético tuviese más un valor de autentificación que de identificación. Vide Ph. Gautier, «Legendes monétaires grecques», *NAPM*, Nancy-Louvain, 1975, p. 169.

¹⁴⁴ A este respecto, P. Barceló —*op. cit.*, n. 22, p. 42— ha insistido en la autonomía política de *Gades* con respecto a Cartago antes de la Segunda Guerra Púnica. Ello no invalida la existencia de relaciones comerciales, al menos desde el s. VI a.C., cuyo carácter resulta aún difícil de definir. M. C. Marín Ceballos, *op. cit.*, n. 42, recuerda el testimonio de Estrabón (III, 5, 11), según el cual *Gades* conserva, aún en época romana, un papel de centro exportador del estaño, interpretándolo como síntoma de que Cádiz había logrado mantener su independencia económica respecto al intervencionismo cartaginés.

¹⁴⁵ G. Chic y G. de Frutos, «La Península Ibérica en el marco de las colonizaciones mediterráneas», *Habis* 15, 1984, p. 212; F. Benoit, «Relations commerciales entre le monde ibero-punique et le Midi de la Gaule», *REA* 63, 1961, p. 321.

¹⁴⁶ J. L. Fernández Nieto, «La colonización griega», en *Historia de España Antigua I*. Ed. Cátedra, Madrid, 1983, p. 555, en que afirma la antigua tradición de las compañías comerciales mixtas que se generalizan en los primeros tiempos de la colonización griega, y de las que conservamos algunos documentos de época helenística.

¹⁴⁷ Herodoto I, 163, donde conviene insistir en el carácter de Argantonio como *topos*, más que como personaje real.

¹⁴⁸ F. Benoit, *op. cit.*, n. 145, p. 323.

¹⁴⁹ F. Benoit, *op. cit.*, n. 38, *passim*.

e incluso en la de Ampurias¹⁵⁰, tal vez en relación con el comercio del estaño. No resulta, pues, difícil que estos contactos se intensifiquen en un momento en el que el tráfico de la sal y la exportación de las salazones en el Mediterráneo alcanzan una cierta importancia.

Esta primera serie argéntea cesó para dar paso a la serie IIB de C. Alfaro¹⁵¹, en la que el peso del valor unidad se ha reducido en torno a 3 g., conservando la misma tipología. C. Alfaro¹⁵² detecta una leyenda diferente, que se encontrará también de la serie III de bronce en adelante. Esta leyenda parece muy expresiva si consideramos las puntualizaciones de E. Acquaro¹⁵³. Este autor lee *mb'l gdr*, traduciéndolo como «del pueblo de Gades» y señalando que el término *b'l* se refiere al conjunto de los ciudadanos de pleno derecho, en oposición al término *m* que indica la Asamblea de los mismos ciudadanos en su función deliberante. En este sentido, L. Manfredi¹⁵⁴ se inclina por ver reflejada una comunidad ciudadana, organizada económica y políticamente, que se pone bajo la protección del dios Melkart. Si admitimos estas interpretaciones, resulta razonable pensar que *Gades* insiste entonces en afirmar la propiedad del numerario frente a los cartagineses¹⁵⁵. Es cierto que hay en la serie II B una baja en los pesos, cambio metrológico justificado por un descenso general en el Mediterráneo occidental, no exclusivo de los cartagineses, ajuste que se ha pensado debido al *quadrigatus* romano¹⁵⁶.

La ceca ciudadana de *Gades* debió estar funcionando igual que antes y no bajo el poder cartaginés, aunque es de suponer que los bárcidas pudieron emplear en un primer momento sus medios técnicos para acuñar las

¹⁵⁰ G. Trías, «Economía de la colonización griega», en *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, p. 107.

¹⁵¹ *Op. cit.*, n. 12, 75 ss. No se ha realizado estudio de cuños en esta ceca para evaluar el volumen de las emisiones. El número de ejemplares catalogados en la serie IIA es de 51, y en la IIB son 61. No parece que hubiera una gran diferencia entre la cantidad emitida en ambas, aunque esta apreciación es débil sin hacer el estudio de los cuños.

¹⁵² *Ibid.*, p. 54, serie IIB2.

¹⁵³ «Note di epigrafia monetale punica. I». *RIN*, 1974, pp. 79-81.

¹⁵⁴ *Op. cit.*, n. 119, *passim*.

¹⁵⁵ Livio, XXVII, 37, señala el castigo de los cartagineses a los gaditanos «traidores», entre los cuales se encuentran los sufetes y un magistrado al que llama «*quaestor*», paralelizando con la magistratura romana al no encontrar nombre idóneo entre las púnicas. De aquí, se puede deducir un autogobierno por parte de los ciudadanos de *Gades* —M. C. Marín Ceballos, *op. cit.*, n. 42— y también que la instauración de este funcionariado con poder sobre los asuntos económicos pudiese tener relación con la trama financiera y, quizá, la acuñación de monedas que hemos venido propugnando. En realidad, el *quaestor* en Roma tuvo en ocasiones responsabilidades sobre emisiones de numerario y también en las ciudades hispanas. Asimismo, era el responsable en las amonedaciones de los procónsules en campaña, hecho del que hay testimonios en la Bética; F. Chaves Tristán, «La ceca de *Urso*, nuevos testimonios», *Estudios sobre Urso*, Sevilla, 1989, pp. 113-132, *ibid.*, *La Córdoba Hispano-Romana y sus monedas*, Sevilla, 1977, pp. 56 ss., 87.

¹⁵⁶ Aunque no podemos entrar aquí en este interesante tema, *vide*: C. Alfaro, *op. cit.*, n. 12, p. 76.

primeras series que L. Villaronga atribuye a la amonedación hispano-cartaginesa ¹⁵⁷. Esta no tiene nada que ver con la gaditana, y sí va expresamente en función a las necesidades de guerra y conquista. Sin embargo, en un momento dado, la actividad de la ceca bárcida se desplaza siguiendo al ejército hacia el interior, para establecerse, durante algún tiempo al menos, en el lugar que conocemos como Montemolín, supuesto sobre el que volveremos en otra ocasión.

Es evidente que la presión de los bárcidas sobre Gades existió, pero insistimos en el término «presión» y no colaboración de buen grado ¹⁵⁸. Por ello, las monedas gaditanas, de una manera posiblemente indirecta, cumplen también la misión de agilizar el numerario necesario para los gastos de guerra cartagineses ¹⁵⁹.

No sabemos si tras la victoria romana sobre los cartagineses, en el *foedus* firmado con Gades, se contemplaba de alguna forma el asunto de las amonedaciones. El hecho es que cesó la plata; pero, por el momento, no nos es posible determinar las causas, ya que en bronce siguió en abundancia.

Conclusiones

Más que conclusiones definitivas, pretendemos proponer en este trabajo el resultado de una serie de reflexiones, como vías abiertas en las que, nos parece, se puede seguir investigando:

1) Se detecta la gran importancia de la explotación de la sal en Occidente, que precede a la *salsamenta* y se superpone después a ella, siendo en todo caso más importante por su mayor número de aplicaciones.

2) Las rutas que marcan el comercio del estaño tienen a su vez un paralelo en las explotaciones y comercialización de la sal, como sería el

¹⁵⁷ Clase II de la proa: *Las monedas hispano-cartaginesas*, *op. cit.*, n. 123, p. 93.

¹⁵⁸ La tensión entre el círculo gaditano con sus intereses concretos y las pretensiones bárquidas se refleja en las fuentes con toda claridad; así, Livio XXXVIII, 23, 26, 27, expone la oferta que los gaditanos hicieron a los cartagineses y el violento castigo de Magón. También la Arqueología abona recientemente tal hecho, ya que, en opinión de su excavador, la cercana Torre de Doña Blanca fue asediada por los cartagineses, quizá por Asdrúbal o Aníbal: *vide*, D. Ruiz Mata, *op. cit.*, n. 129, p. 47. El hallazgo de un glande púnico en Asta, M. Esteve Guerrero, *op. cit.*, n. 129, podría corresponder a un fenómeno similar, aunque el indicio es débil. Cuando Diodoro (25, 10) comenta la resistencia que oponen una serie de ciudades turdetanas a los bárcidas, no se especifica la situación de éstas. En nuestra opinión, es probable que se incluyeran los enclaves relacionados con el comercio gaditano, aun los del interior, a los que el término «turdetano» encaja perfectamente, y que se resentirían del perjuicio que el nuevo orden cartaginés causaría a sus intereses.

¹⁵⁹ Sobre las acuñaciones locales y los bandos beligerantes en la Segunda Guerra Púnica, *vide* también F. Chaves Tristán, «Relazioni fra la Magna Grecia e la Penisola Iberica attraverso la Numismatica», en *La Magna Grecia e il lontano Occidente*, Convegno Taranto, 1989 (en prensa).

caso de Marsella hacia el Norte y del Sur de la Península Ibérica hacia el interior y el Atlántico.

3) Centrándonos en el Sur de España, encontramos que la Geomorfología —salinas costeras y sal fósil en el interior— y la Ictiología —paso obligado de los atunes por el Estrecho— marcan esta zona como idónea para la explotación de la sal y la elaboración de conservas de pescado. La difícil navegabilidad de los ríos, en especial en ciertas épocas del año, origina a su vez unas rutas interiores alternativas.

4) Se perfila una red comercial con base en *Gades* que recoge sal y atunes y tiene una serie de puntos en el litoral y en el interior, de donde se obtiene en unos la materia prima, en otros se elabora y a través de unos terceros se comercializa hacia el interior, ya que el mercado gaditano no se limita a exportar mar afuera.

5) Ese entramado se apoya en núcleos en los que una base feno-púnica hace más sencillas las relaciones con Cádiz y participa de un ambiente cultural común, lo que produce expresiones iconográficas semejantes e inteligibles en todo el conjunto.

6) Hay bien un control, bien una organización radicada en *Gades*, en la que debió participar el propio santuario de Melkart, y bajo su protección se acoge la «sociedad».

7) Parte, al menos, de las amonedaciones gaditanas —cuyo inicio pensamos que el propio santuario pudo impulsar— se conciben para agilizar el funcionamiento de esta fuerte industria, que necesita, sin embargo, de abundante numerario pequeño.

8) En el mantenimiento de la red comercial colaboran en diversas ocasiones y cuando es menester otros enclaves, poniendo en circulación numerario con el nombre de la ciudad y una tipología alusiva, por una parte, a la protección del dios —en definitiva, al santuario gaditano—, y, por otra, a la propia industria que sirve como nexo de unión.

9) Las emisiones de *Gades* parten siempre de la decisión de sus propios ciudadanos para cubrir sus necesidades económicas y no de la voluntad de los cartagineses, aunque es indudable que los bárcidas pudieron aprovechar de un modo indirecto, en especial la plata gaditana.